

CAMADA DE FERROS



Este segundo libro de la nueva y trepidante serie de *Novelas de tribu* de White Wolf nos muestra el esplendor y la decadencia de los Garou, los hombres lobo del *Mundo de tinieblas*.

En la *Camada de Fenris* asistiremos a una Asamblea, la mayor congregación de lupinos, unidos en su interminable guerra contra el Wyrn. ¿Durante cuánto tiempo continuarán los Garou enzarzados en esta batalla? Su número disminuye al tiempo que, tal y como revelará esta serie de libros, les es arrebatado su pasado.



Eric Griffin

Camada de Fenris

Novelas de tribu - 2

ePub r1.1

TaliZorah 08.01.14

Título original: *Tribe Novel: Shadow Lords & Get of Fenris*

Eric Griffin, 2001

Traducción: Manuel de los Reyes

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

Corrección de erratas: pequezere (r1.0)

ePub base r1.0



Capítulo uno



Karin Jarlsdottir apenas consiguió zafarse del racimo de cornamentas que apuntaban a su cabeza. El cuerpo del venado la hizo a un lado de un empujón, abriéndose camino, a punto de hacerle perder el equilibrio. La cabeza de la bestia se agachó para despejar el pórtico, aprovechando su impulso para irrumpir en el largo cobertizo abovedado, donde se desató una repentina conmoción entre los cocineros, cerdos y gallinas que lo ocupaban.

Karin lo siguió, sin dejar de sacudir la cabeza, incrédula. Escrutó el alboroto, plantada ante el umbral.

—Dieciocho puntas —musitó—. Juro que si no tiene dieciocho puntas, no tiene ninguna. Bien hecho, Thijs! Es, con mucho, la pieza más orgullosa del día.

La cornamenta se giró hacia ella de nuevo y se inclinó, como si le agradeciera el cumplido. Bajo la lasa cabeza del ciervo, pudo ver la feroz sonrisa lupina del cazador. Thijs rivalizaba en magnificencia con el espécimen que se había cobrado. Cuando su espalda no se encontraba encorvada bajo el peso de un venado, se erguía hasta alcanzar los dos metros ochenta de altura.

—Bueno, si eres tan testarudo que no quieres que nadie te ayude a descargarlo, déjame al menos que te ayude a colgarlo —dijo Karin. Cogió una cuerda de un montón que había junto a la puerta y, tras desenrollarla, lanzó un extremo por encima y alrededor de las vigas del techo—. Además, ¿cuánto tiempo te has pasado cargando con este monstruo? Ahora quieto, a ver si puedo desatarlo.

—Diez kilómetros, más o menos —gruñó Thijs, antes le exhaló un largo suspiro de alivio cuando la cuerda lo liberó del peso que doblaba su espalda. Se irguió y se estiró a placer, tensando todos los músculos.

¿Diez kilómetros con un ciervo de ciento cincuenta kilos a la espalda? A Karin ya le dolían los hombros con sólo pensarlo. Si ella hubiese tenido que sufrir tamaña ordalía, necesitaría mucho más que un simple estiramiento para volver a enderezarse. Claro que aquello no era algo que Thijs necesitase saber.

—Y no es cabezonería —protestó el hombretón—. El día que deje que los cachorros carguen con mis piezas hasta el túmulo, bueno, ese día empezarán a ofrecerse para cortarme la carne.

Karin izó el colosal cadáver con una facilidad que desmentía su frágil físico. Su cuerpo era atlético y nervudo, imbuido de una energía perentoria. Poseía la misma sensualidad que el salto de un gran felino, la gracia del martillo que cae con absoluta puntería. Poder al que se sumaba la precisión y la voluntad.

Karin tenía poco más de veinte años, pero el manto de la autoridad descansaba cómodamente sobre sus hombros. Se sentía igual de a gusto repartiendo elogios o interpretando la ley que dando órdenes. Su aspecto ofrecía la curiosa combinación de los arreos de dos milenios muy distintos. Karin exhibía la tradicional trenza del guerrero, un símbolo de honor directamente extraído del siglo XIX, que le llegaba a la mitad de la espalda. Sobre su pecho pendía el *Mjólnir*, el colgante que simbolizaba la cruz-

martillo de Tor, engarzado en una tira de cuero. Su chaqueta de piel, no obstante, hacía gala del corte más contemporáneo, directamente salida de las tiendas de Florencia. Cubría una camisa de malla, compuesta por una filigrana de anillos forjados a partir de una moderna aleación muy ligera. Los faldones de la camisa colgaban sobre un par de pantalones vaqueros que presentaban varios desgarros y manchas de verdín a la altura de las rodillas. El batiburrillo quedaba rematado por un par de míticas Botas de Siete Leguas.

Karin anudó con pericia el cabo suelto de la cuerda, consciente de los ojos que no se perdían detalle de sus movimientos, aunque sin sentirse molesta por ello. El venado colgaba cabeza abajo, con su majestuosa cornamenta casi arañando el suelo. Con una garra, la joven imprimió la runa de Thijs en el pelaje que cubría el entrecejo del animal.

El cazador estaba exultante.

—Menuda belleza —musitó. Al darse cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta, carraspeó para encubrir su turbación—. Este, ¿a que el animal es toda una belleza? —Thijs se apoyó sobre los talones, admirando a su pieza—. Y me deparó una buena caminata, ya os digo. Vamos, como que no era aún mediocía cuando olí su rastro por primera vez...

Sören, que había aparecido detrás de él portando un enorme recipiente para recoger lo que pudiera gotear del animal, interrumpió a Thijs con una risotada y un cariñoso palmetazo en la espalda.

—Si esta bestia va a presidir la mesa principal, más te vale que tengas algo mejor que contar. ¶ Cualquiera que te escuchase diría que es la primera vez que atrapas algo más que una escuálida liebre blanca! Tienes suerte de disponer de algo de tiempo para pulir los detalles antes del banquete. Nadie tumba a un ejemplar

tan excepcional como éste sin haberse pasado al menos tres días con sus noches siguiendo su pista.

—Pero los cazadores salimos esta mañana —protestó Thijs—, todo el mundo lo sabe.

Con un zangoloteo de cabeza, el maese Hospitalero cruzó la estancia hasta llegar al ciervo y colocó el recipiente bajo él.

—Mira que eres alce. Haz caso a tus mayores. Lo único que sabe todo el mundo es que nadie se cobra un venado como éste sin una buena historia. Fíate de mí: tres días tres noches, y adérsalo un poquito con algo acerca de haberlo visto antes en una visión. Tampoco nada espectacular, ya sabes. Al estilo de que su silueta se erguía sobre la cima de una montaña, recortada contra la luna llena. Y que supiste que era el mismo venado porque... porque...

Levantó la cabeza, examinando a la majestuosa bestia con minuciosidad, en busca de algún rasgo característico; la mancha plateada que le adornaba el pecho la cicatriz en forma de luna creciente sobre la paletilla, el...

—Las dieciocho puntas —musitó Karin.

—¡Las dieciocho puntas! —proclamó el Hospitalero triunfal—. Tan claro como la luna, cuéntalas por ti misma. Sí señor, nadie pondrá en duda una historia como ésta.

Thijs parecía algo escéptico.

—¿De veras crees que...?

—Sólo cuando tengo que hacerlo —interrumpió el Hospitalero, con un susurro conspirador—. Es un buen consejo que he seguido a rajatabla a lo largo de todos estos años y que harías bien en no olvidar.

Antes de que Thijs pudiera objetar algo más, el Hospitalero arancó una pata de cerdo asado del espetón más cercano y la

encajó en la mano del cazador. Empujó al Garou más joven hacia la puerta.

—Ahora, si fueses tan amable de dejar de revolverme la cocina con esas torpes zarpas, todos podremos volver a lo nuestro. En serio, estás poniendo nerviosas a las cocineras.

Espantó a Thijs hasta que hubo cruzado la puerta, y éste, una vez fuera, se alejó a paso largo hasta el grupo de cazadores más cercano.

Sören se percató de que no se les daba nada bien fingir la curiosidad que sentían por el enorme venado que acababa de desaparecer en el interior de la Casa del Vuelo de Lanza. Se giró hacia la Jarlsdottir.

—¿No te parece que podrías convencerlos para que colgaran estos animales por ahí fuera?

Karin sonrió.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

—Estaría bien que las cocineras pudiesen trabajar tranquilas sin miedo a romperse la cabeza contra uno de estos estúpidos trofeos de caza. Ya que me lo preguntas —rezongó, mirándola de reojo—, diría que te halaga algo más que un poco el que todos estos jóvenes y orgullosos alfas desfilen para ofrendar sus capturas a tus pies.

Con satisfacción, vio cómo la joven se enderezaba. Se volvió hacia ella, esbozando su sonrisa más irresistible.

Karin se dio cuenta enseguida de que no pretendía insultarla ni retarla formalmente. Se limitaba a incordiar, con la esperanza de encontrar una llaga en la que poder clavar el anzuelo. Se calmó visiblemente. Los últimos retos habían venido por sorpresa y en avalancha, y debía admitir que se sentía especialmente susceptible.

—Me cuesta creer que tu ingenio se haya reblandecido tanto como tus clientes, viejo skald. Seguro que no se te ha olvidado lo poco que pudieras saber acerca del cortejo. Al jarl nunca le faltan pretendientes. A lo largo de estas noches, habrá más pruebas por ver quién quedará primero que desafíos a mi derecho de dirigir a nuestro pueblo.

—Ibas bien hasta el final. ¿Más pretendientes que aspirantes? Llevas combatiendo desde que regresaste para enterrar a tu padre. Y si cualquier pretendiente hubiese conseguido abrirse camino hasta este cenador tuyo —añadió, ladino—, te aseguro que no habría conseguido ocultarme un secreto de tales características. Me parece que te olvidas de que soy los oídos de esta manada, además de su lengua.

—Los oídos se taponan, y las malas lenguas suelen hablar para desgracia de sus dueños.

Sin inmutarse ante la amenaza, el hombre avanzó directamente hacia ella y apoyó una mano sobre su vientre, antes que la joven pudiera detenerlo u objetar nada siquiera. Los músculos de su abdomen se tensaron.

—Demuestra que me equivoco. Nada me gustaría más. El día que sienta aquí el agitar de los cachorros habrás escuchado el final del parloteo de un viejo idiota.

—Te tomo la palabra —repuso Karin, indignada—. El día que vuelvas a ponerme la mano encima sin mi consentimiento, será el día que aparezca clavada en mi puerta.

El hombre esbozó una amplia sonrisa.

—¿Sin tu consentimiento, dices? Eso me da esperanzas. Implica a las claras la posibilidad de que, en otra ocasión, sea con tu consentimiento.

—No te eches flores, viejo. Sabes de sobras que la labor del jarl consiste en conducir al pueblo en la batalla, salvaguardar la mandada y ejercer de juez. No en parir cachorros.

—¿Acaso no forma parte de la labor del jarl velar por la vida de la tribu? Hasta el límite de sus fuerzas y con todas las armas a su disposición. Si el jarl es un cazador, alimentará a su pueblo. Si es partidario de la ley —la miró inquisitivamente—, dispensará sabiduría. Si el jarl resulta ser una hembra alfa...

—Debería aportar cachorros fuertes a la tribu. Sí, ya he oído eso antes, lo cual no creo que te sorprenda, ya que sacas el tema todas las semanas. Pero, como te has apresurado a apuntar, convencerlos de que se sometan ante una mujer ya supone una batalla continua tal y como están las cosas. ¿Te imaginas lo que ocurriría si tuviese el vientre preñado de cachorros? Los desafíos se sucederían uno detrás de otro. Y no creas ni por un momento que colocaría a mis hijos nonatos en el seno de un Desafío por la Ascendencia.

—**N**o se atreverían! No hay honor en golpear a una mujer. La infamia más negra caería sobre quien osara alzar la mano contra una madre embarazada. Podría forjarme una segunda reputación sólo con la Censura rimada que compondría acerca del cobarde que cayó tan bajo como para retar a una jarl preñada.

—Ah, ahora veo adónde querías llegar con tus puyas. Escuchas el sigiloso caminar de Muerte Vienes Después. Pero no vas a ganarte ninguna reputación ni a cabalgar hacia el Valhalla bajo mis faldas. Más te valdría emplear tu tiempo en componer versos para nuestros jóvenes guerreros.

—¿Y qué si escucho las pisadas? ¿A ti qué te importa? Que Wodin nos libre de las mujeres testarudas. Lo único que hago es preocuparme por ti, y por el futuro del linaje de tu padre. Temo por ti, por lo que pueda ocurrirte cuando me haya ido. Al menos,

mientras viva, sé que puedo donar mi lengua, la última arma que me queda, sí pero afilada, al servicio de tu derecho y a la honra de la memoria de tu padre.

—Sören, escúchame. Siempre fuiste un amigo de confianza y un defensor incondicional de mi padre. Pero no puedes darle nietos! No podrías soportar los dolores del parto, y tendrías un aspecto bastante ridículo jadeando y en cuclillas...

—Hay misterios —se apresuró a interrumpirla— que están mejor a salvo de meros hombres como yo. Me rindo.

Pero no pudo resistir la tentación de decir la última palabra mientras se volvía hacia la puerta.

—Aunque, a mi parecer, la forma más rápida de detener estos incesantes desafíos sería anunciar que ibas a tener lobeznos.

La joven lanzó las manos al cielo, exasperada.

—Eres un canalla, Sören Hospitalero. Peleas igual que un cuervo, retirándote sin dejar de soltar picotazos pese a tu huida. ¿Qué crees que ocurriría exactamente si anunciase que iba a tener un lobezno? Los confundiría eso seguro. Todo lo que tenga que ver con criar a los cachorros os impulsa a batiros en desordenada retirada Pero, con el tiempo, se reagruparían, y entonces decidirían que la indignidad de someterse a una jarl preñada sería más de lo que podrían soportar. Proclamarían a un nuevo líder de manada de inmediato.

Sören ahuyentó sus objeciones con un ademán.

—Y luego, una vez destetados los cachorros, descargarías sobre la revuelta toda la fuerza del Martillo, reclamarías el lugar que te corresponde por derecho y todos tan con...

El hombre se calló en mitad de la frase, con la mirada fija en el hueco de la puerta y más allá, en la línea de árboles escarchados. Su semblante se oscureció.

—¿Qué ocurre ahora, viejo skald? —dijo Karin—. No habrás visto a otra hembra sin cachorros andando por ahí. Después de todas las veces que nos hemos sentado juntos a la mesa, sé que no eres más capaz de morderte la lengua que de aguantar la bebida.

Sören no parecía haberla escuchado.

—Me parece que nos hemos apresurado a conceder los laureles —musitó, con tono ominoso—. Viene el Guardián, con una pieza que vale por diez del dieciocho puntas de Thijs.

Lo sombrío de su humor resultaba contagioso. Karin se encontró con los puños apretados, blancos los nudillos, sobre el alto respaldo del Cerco del Jarl, la enorme silla de roble que presidía la mesa. Se maldijo por permitir que el bardo volviese a sacarla de quicio y se obligó a relajar las manos. Así y todo, parecía que todo el ajeteo de las cocinas se hubiese parado en seco. Toda la estancia estaba en tensión, como si se preparara para recibir un mazazo. El Guardián irrumpió por la puerta como una nube de tormenta. Su ceño se veía tan oscuro y cargado como un nubarrón. Sin pronunciar saludo alguno, se encaminó directamente hacia la mesa. A su paso, las gallinas buscaban el refugio de las patas del mueble, los niños se escondían tras las faldas de las cocineras y éstas, a su vez, buscaban la protección de los pilares.

El Guardián llevaba en brazos el cuerpo de un joven.

Sören tuvo que lanzarse a la carrera para mantener el ritmo de las largas y poderosas zancadas del Guardián. El Hospitalero no musitaba más que incoherencias.

—Vaya, no hubiese creído que... no se me habría ocurrido siquiera imaginarlo. No hasta haberlo visto con mis propios ojos. Hasta que hubiese puesto mi mano sobre una de sus heridas. Y aquí lo tenemos, nuestro lobezno descarriado, por fin de vuelta al hogar. Y nosotros más apesadumbrados la noche de su regreso a

casa que la de su partida. Oh, qué día más negro para nuestro pueblo, sin duda.

El Guardián lo ignoró sin contemplaciones. Se plantó ante la mesa. Con el dorso de una mano, despejó la superficie, enviando los platos preparados con toda delicadeza a estrellarse contra el suelo, provocando una lluvia de platos rotos y cubiertos.

Con un golpe sordo, arrojó el cuerpo sobre la mesa ante Karin.

—Aquí está mi hijo, Jarlsdottir —el título brotó de sus labios como un insulto—. ¡Míralo! Eras de la misma edad, y lo conocías desde que era pequeño. Estabas allí cuando sus dientes encontraron la garganta del wyrm de hielo. Estabas allí en los festejos que acontecieron, cuando dejó a un lado el nombre de su padre. Fuiste tú la que lo investiste con el manto de su nombre de guerrero con tus propias manos. Ruina del Wyrms, lo llamaste. Y yo me sentí orgulloso, Jarlsdottir. Henchido de orgullo paternal. ¿Te acuerdas de él, de mi hijo?

Sus ojos eran dos puñales de hielo, pero había lágrimas aflorando a los ojos del anciano guerrero. No hizo esfuerzo alguno por enjugarlas ni ocultarlas. Karin le sostuvo la mirada, impávida. Permaneció en silencio durante un momento interminable. Su voz, cuando consiguió volver a ser dueña de ella, poseía una nota distante, como si estuviese recitando algún antiguo escrito. Posó la mano derecha sobre el torso del cadáver, reclamando su derecho a lamentar su pérdida.

—Aquí está mi hermano y protector, Guardián. Míralo. Cuando el wyrm de hielo asoló las provincias del norte, él fue el primero en sumarse a la refriega. Cuando mi lanza se rompió contra las escamas del monstruo él me dio la suya. Cuando ningún golpe consiguió traspasar su armadura, fue Arne el que buscó el cálido pulso de su garganta. Lloramos a nuestro hermano caído.

—Llorar no basta, Jarlsdottir —espetó el Guardián—. ¿Qué significan tus lágrimas para mí? De ésas tengo yo de sobra. ¿Acaso no poseo mi propia manada, mis propias mujeres? No vendo tan barata la vida de mi hijo.

—Será enterrado como un héroe. Se lo ha ganado con creces. Arne fue un guerrero infatigable, no sólo en la cruzada contra el Wyrn, sino también en tiempos de paz, en sus batallas por cerrar la Grieta. El pueblo llora contigo, Brand Garmson. Lo echaremos mucho de menos.

—No son ritos funerarios lo que te pido, Jarlsdottir. En mi manada hay muchas espaldas fuertes capaces de remover la tierra. Sabemos devolver a los nuestros al regazo de Gaia. Lo que quiero es justicia. La sangre llama a la sangre. Eres la portavoz de la ley. Exijo el *wergild*, el precio de la sangre. Me vengaré de quienes han asesinado a mi hijo.

—Brand, comprendo tu ira y tu dolor. Aún no han pasado tres veranos desde que enterramos a mi padre, tú y yo. En aquella ocasión, me alegró de tener cerca tu fuerza y tu buen juicio. Ahora deja que pague una pequeña parte de la deuda contraída. —Se adelantó y lo cogió del brazo, pero el hombre se negó a moverse—. La venganza no te devolverá a Arne.

Karin podía ver la cruda emoción que estremecía el cuerpo del hombre, el aullido quejumbroso que pugnaba por salir a la superficie. Sus músculos se tensaban y contraían ante su fuerza, moldeando el cuerpo en la forma lupina que supiese darle la voz adecuada. El esfuerzo por combatir aquel cambio resultaba obvio en su semblante. Lo sujetó con firmeza y continuó vertiendo palabras de aliento, como un fuerte licor, sobre él.

—El reclamar la sangre probablemente deshaga lo que a Arne le costó años de esfuerzos. Se prestó a esta empresa con los ojos abiertos y las garras retraídas. Actuó con nobleza y ninguno de

nosotros podría haber soportado el peso de esa carga ni la mitad de bien. Tú no y, desde luego, yo tampoco. Y si ha tenido un final triste, eso no empaña su gloria. Le ha reportado un gran honor a tu casa, y a nuestra manada y, de veras lo creo, a toda nuestra tribu. Estate contento. Honremos a los muertos en lugar de engrasar sus filas.

Mas ya el lobo que habitaba en él llevaba la voz cantante y no pudo, o no quiso, contener sus palabras.

—El *wergild* —gruñó, ronco y amenazador—. Es mi derecho. No puedes negármelo.

Sus cuerdas vocales comenzaban a tener dificultades para amoldarse a las formalidades del lenguaje humano. Se replegó sobre sus ancas ante ella, enroscándose sobre sí mismo.

Karin se acuclilló y lo miró a los ojos, sosteniéndole la mirada. El rostro del hombre se estiró hasta convertirse en un hocico entre gris y pardo. Las poderosas mandíbulas, tensas, eran lo bastante grandes como para albergar la cabeza de la joven.

—Brand, nuestros primos de la Manada del Alba no mataron a tu hijo. Ellos no tienen la culpa de que esté muerto. Tú estabas en esta misma sala cuando llegó su correo. Dijo que Arne cayó en honorable combate contra las fuerzas del Wyrn. No podemos responsabilizar a sus anfitriones.

—Averiguaré más —saltó el Guardián—. Oh, sí. Interrogaré a su emisaria. Le arrancaré sus secretos. Le pediré explicaciones.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué emisaria? —Entonces cayó en la cuenta—. ¿Quién ha traído el cuerpo para su funeral? ¿Por qué no se ha presentado esta embajadora ante mí para relatar de primera mano lo que llevamos noches aguardando con tanta impaciencia?

—Nuestras patrullas la interceptaron cuando se aproximaba al poblado. Una Señora de la Sombra. —Su hocico convirtió aquellas

palabras en un siseo cargado de odio—. La enviaron aquí armada con mentiras y zalamerías. ¡Me sacaré la verdad, o la piel!

El semblante de Karin se compuso en una máscara de horror. Ladró una serie de órdenes al Hospitalero, sin dejar de mirar al Guardián.

—Sören. Busca a la manada de Brand, ahora. Coge a los cazadores que sigan ahí fuera y partid cuanto antes. Quiero que me traigáis de inmediato a la embajadora de la Manada del Alba, ilesa. Por orden personal mía en presencia del Guardián y ante ti. Maldita sea, Brand, si tú o alguno de los tuyos ha herido a la mensajera... Brand gruñó por toda respuesta. Había adoptado su aterradora e inmensa forma lupina. Su pelaje recordaba al ominoso gris de las sombras proyectadas sobre un témpano de hielo. Sören retrocedió con cuidado hacia la puerta, temeroso de realizar cualquier movimiento brusco.

—Yo no lo haría, anciano —amenazó Brand—. Un paso más y sentirás mis colmillos.

—No te atrevas a contradecir mis órdenes, Guardián —Karin se irguió cuan alta era—. Ni a interferir en la labor de aquellos que actúan en nombre de la jarl.

Estaba transformándose a medida que hablaba. En forma de guerrera, Karin superaba los dos metros diez de altura. Sus músculos nervudos adquirían proporciones que le permitían partir un árbol por la mitad. El lustroso pelaje plateado la cubría de la cabeza a los pies, la larga trenza de guerrero ondeaba a su espalda.

—No, Jarlsdottir —fue la desafiadora respuesta—. Tergiversas mis palabras. Seré yo quien deje mi presa a tus pies. Es mi derecho. Mi deber.

El colosal lobo le dio la espalda, desdeñoso, y se encaminó hacia la puerta.

La voz de Karin resonó estridente en el interior del cobertizo.

—Tu lugar está aquí, Guardián. Con Arne. ¿Lo recuerdas? Tu hijo.

La pulla detuvo al lobo en seco, como si hubiese sido alcanzado por una saeta de plata. Se dio media vuelta. Ahí estaba de nuevo la inmensa tristeza en sus ojos.

—Ocúpate tú de los muertos, Jarlsdottir. Yo buscaré su venganza entre los vivos.

Se fue al trote, orgulloso, desafiador, con la cabeza erguida, bajo los primeros rayos de luz de la luna naciente. En ese momento, no pudo contenerlo por más tiempo. Brand Garmson, Guardián de la Manada de la Forja del Klaive, echó la cabeza hacia atrás y aulló. Por todo el poblado se levantaron los rostros preocupados de sus quehaceres y supieron que el que Camina al Final de los Días estaba de nuevo entre ellos.

Capítulo dos



La partida que cruzaba el Aeld Baile en dirección a la Casa del Vuelo de Lanza poseía una aureola siniestra. Encabezaba la comitiva Brand Garmson. Se acercaba a la morada de la Jarlsdotir empuñando plata y acero. A su paso, Parentela y Garou por igual se apartaban de él, de la pena que lo consumía. Era la suya una pasión sobrecogedora, tan terrible de presenciar como la rabia del guerrero *berseke*.

La guardia de honor que pisaba los pasos del Guardián no era un cortejo fúnebre. La partida del Guardián se componía de otros cuatro guerreros Ahroun de gran tamaño. Sus inmensos corpachones casi eclipsaban a la pequeña mujer morena que caminaba entre ellos. Oksana Yahnivna andaba erguida, con la cabeza alta, orgullosa y desafiadora. Una regia capa de estola de armiño se derramaba desde sus hombros. Muchos de los que estiraban el cuello para atisbar a la forastera se sorprendieron por la nobleza de su porte. Se preguntaron a qué motivos obedecería su presencia, y qué presagiaría, y qué crimen habría cometido.

Cada uno de sus cuatro escoltas vestía la Forma del Ejecutor: el poderoso cuerpo humano coronado por una rechinadora cabeza de lupino. Era uno de los legendarios Visados Horrendos, los cuales, según los eruditos de la cultura Fenrir, remontaban sus orígenes hasta el mismísimo Impergium. La Forma del Ejecutor era una transformación increíblemente exigente; el esfuerzo que costaba mantenerla no hacía sino contribuir al salvaje aspecto de la partida.

Karin Jarlsdottir los interceptó casi en mitad del Aeld Baile. Al percatarse de su presencia, el Guardián levantó una mano para ordenar el alto. Su reverencia fue exagerada, rayana en lo burlesco. Su voz atronó cuando hubo recuperado la verticalidad.

—Tal y como ordenasteis, Jarlsdottir, se ha cumplido. Traigo a la espía del Clan del Alba. Ha...

Karin elevó el tono de su voz para que pudiera atravesar el patio helado hasta llegar a las figuras que se aferraban a las sombras de los portales circundantes.

—Gracias, Guardián, por asegurarte de que nuestra invitada llega sana y salva. Ya puedes dispersar tu escolta y enfundar las armas.

—No sé si es que la Jarlsdottir no lo entiende. —Cada palabra le suponía un gran esfuerzo—. Ésta es la traidora...

Sin hacerle caso, Karin pasó junto a él y cogió a la mujer morena del brazo para rescatarla del cordón de guerreros. El gesto sorprendió a la recién llegada tanto o más que al Guardián. Por un momento pareció que Oksana iba a apartarse de ella, de aquel exceso de confianza, de la familiaridad de aquel contacto. Cambió de idea de inmediato. Muy despacio, con gesto deliberado, Oksana entrelazó los dedos con los de Karin y apretó con fuerza. Permitted que la sacase del círculo.

—Ya hablaremos una vez dentro —dijo Karin, entre tranquilizadoras palmaditas al brazo de Oksana—. Ven con nosotras, Guardián. Lo que tiene que decir la embajadora seguramente os interesa también a vos.

Le dio la espalda con gesto calculado y guió a su huésped hacia la sala. Karin fue contando los pasos en silencio, a la espera del aullido retador del Guardián. Un paso, dos, tres...

Oyó un gruñido quebrado a su espalda.

—Que Gaia nos libre de las intrigas de sus hijas! Vosotros cuatro, regresad al perímetro. Quiero que redobléis las patrullas. Me ocuparé de esta prisionera en persona. —Sus furiosos pisotones resonaron acercándose por la nieve apelmazada. Karin esbozó una sonrisa.

Entraron a la sala sólo para encontrarse en medio de una nueva horda de asaltantes. Los cocineros les propinaban empujones con bandejas humeantes, donde cada plato rebosaba hasta arriba de cerdo asado y pequeñas manzanas amargas de invierno. Los chiquillos correteaban entre sus piernas, portadores de prodigiosos cuernos llenos de cerveza. Oksana pensó que iba a quedar enterrada bajo una carga de caballería de avituallamiento.

Karin perdió la mano de su invitada en medio de aquel alboroto. Hubo de limitarse a mirar cómo la violenta marea se llevaba a Oksana hacia la gran mesa. Tras ella estalló de improviso el estrépito de una bandeja de cobre lanzada contra la pared. Poco después sonaban las maldiciones del Guardián a medida que se abría camino entre las fuerzas ante él desplegadas, poniéndolas en fuga, ahuyentándolas del campo de batalla.

Se movió para detener su avance y le plantó una mano firme en el pecho. El hombre avanzó dos pasos más, su impulso la empujó hacia atrás, con los pies patinando sobre la capa de carrizos y

paja que cubría el suelo de tierra prensada. Cuando ambos se detuvieron por fin, la voz de Karin fue apenas un susurro.

—Se acabaron los insultos a nuestra invitada. Ya has proferido bastantes. Llegado este punto, sólo estás aquí porque esta mujer bien pudiera tener algo que contarnos acerca de la muerte de Arne Ruina del Wyrm. Es de rigor que te enteres de estas noticias de primera mano pero, si no te controlas, no vacilaré en expulsarte. ¿Me he explicado con claridad, Guardián?

Éste la fulminó con la mirada.

—Si dice una sola cosa, Jarlsdottir, ¡una sola!, contra mi hijo, la destriparé en el sitio.

—No deshonrará a mi hermano protegido en mi sala. O tendrá que responder ante mucho más que tus garras, viejo lobo. Ahora, oigamos lo que tiene que decir.

La miró con el ceño fruncido, antes de dirigirse a grandes zancadas a su lugar de costumbre en la mesa. Karin se sacudió al resto de los portadores de platos y vasos de debajo de los pies. Se irguió cuan alta era y, con gesto intencionado, se recogió el cabello tras una oreja. No servía de nada alisar las arrugas de su desgastada chaqueta de cuero. En vez de ofrecer su caída habitual, parecía que hubiese dormido con ella puesta. *He hecho cosas mucho peores que dormir con ella*, pensó. *Si lo tenemos en cuenta, resiste de maravilla*. Rezó para que pudieran decir lo mismo de ella, pero se temió que para aquellos momentos ya debía de ofrecer un aspecto algo raído.

La presencia de su invitada no ayudaba a aliviar el desasosiego de Karin. La embajadora era orgullosa, regia, hermosa. Karin no pudo evitar hacer ciertas comparaciones poco halagadoras. Apostaría a que la delicada y grácil recién llegada nunca había tenido que resignarse a ser varios centímetros más alta que los muchachos de su edad. El físico de Karin siempre había resultado

más adecuado para cubrirse con arreos de guerra que con finas telas cortesananas.

Se plantó directamente enfrente de su huésped, cerniéndose sobre ella. Su primera retahíla de palabras sonó amplificadas por la proximidad.

—Aquí tenemos una costumbre, la comida antes del relato. Sabed que sois bienvenida, más sabiendo que habéis traído a su hogar a uno de los nuestros. Soy Karin Jarlsdottir, jarl del Clan de la Forja del Klaive. Ésta es mi casa, no temáis nada en ella. Ya habrá tiempo para las presentaciones y las noticias de vuestro viaje cuando hayáis comido y descansado. —Fulminó con la mirada al Guardián, que se limitó a barruntar y abalanzarse con avidez sobre los platos dispuestos ante él.

Había transcurrido casi una hora cuando capituló el último de ellos. Aunque se habían esforzado con creces resultaba vano cualquier intento por vaciar un plato o un cuerno de bebida antes de que volviese a estar lleno.

—Os agradezco vuestra hospitalidad, Karin Jarlsdottir Yo soy Oksana Yahnivna del Clan del Alba. —Dirigió una mirada altanera al Guardián—. En el pasado, tuve el placer de cenar con el hijo en numerosas ocasiones; ahora me honra cenar con el padre. Sólo lamento que mi visita no haya podido producirse en otras circunstancias más agradables.

—El honor es nuestro, Oksana Yahnivna —se apresuró a intervenir Karin antes de que el Guardián tuviese tiempo de replicar—. Aunque lloramos por nuestro hermano caído, no podríamos haber esperado conocernos en mejores circunstancias. Nos habéis devuelto a nuestro hermano acogido. Por ello, os merecéis un lugar de honor entre nosotros. Ya conocéis al Guardián, Brand Garmson. Brand es...

—El padre de Arne. Sí, os mencionaba a menudo. Podéis sentir os muy orgulloso de él, Guardián. Vuestro hijo era un guerrero que no conocía el miedo. Yo estaba con el Clan del Alba el día de su llegada. Creo que puedo afirmar sin temor a equivocarme que todos somos más fuertes desde su estancia entre nosotros, aun cuando permaneciera en nuestro seno por un breve espacio de tiempo. Sabed que Arne murió como un héroe, caído en honorable combate contra un Wyrms del Trueno, una bestia feroz que se había abierto camino hasta una mina de estaño abandonada cerca de la manada. Por medio de su sacrificio, Arne salvó la vida de muchos. Sus hazañas no serán olvidadas.

Brand soltó un gruñido.

—Arne ya había luchado antes con muchos wyrms. La Jarlsdottir puede dar fe de ello. Había acabado con más de uno en combate singular. ¿Cómo es que éste logró escapar del mordisco de su hacha? ¿O acaso admitís que el hedor de la corrupción es mucho más fuerte alrededor del Clan del Alba? ¿Que los gusanos del Wyrms rusos son mucho más obstinados que sus humildes primos, los wyrms del hielo de los fiordos?

—Desconozco las cualidades de vuestros wyrms de hielo, por lo que no aventuraré comparación alguna. —Oksana empleaba un tono frío y arrogante. Implicaba a las claras que el Guardián haría bien en seguir su ejemplo y guardar silencio acerca de aquello de lo que no tenía ni idea. El Guardián no lo pasó por alto. Se erizó.

—¿Cómo te atreves? Por tu culpa, y por la de los tuyos, mi hijo está muerto. Se confió a vuestro cuidado. En lugar de protegerlo, lo enviasteis solo a librar vuestras batallas. Eso fue una cobardía. La vergüenza de ese error pesará sobre vuestras cabezas. No me puedo creer que dejase marchar al muchacho, solo, a correr peligro entre vosotros. Si por lo menos hubiese tenido a sus

compañeros de manada consigo! Ni tres engendros del Wymr podrían plantarle cara a una manada de Fenrir.

—Nadie envió a vuestro hijo solo a la batalla, Guardián. Había otros guerreros junto a él. Varios de los cuales...

—Hijos! —interrumpió Garmson—. Cachorros e inocentes. Aún he de conocer al Hijo de Gaia capaz de afilarse las garras...
Sin lamentarse por la agonía del pobre árbol! —Descargó un palmetazo sobre la robusta mesa de roble. Sus garras feroces se hincaron hasta los nudillos, la fuerza del golpe lanzó los platos por los aires. Brand hubo de apoyar la otra mano en el mueble a fin de liberar la primera. Cuando la hubo soltado, cuatro profundos surcos laceraban la madera.

—Comprendo vuestra aflicción, Guardián, pero son muchos los años que llevo viviendo con el Clan del Alba y puedo aseguráros que la ira de los Guerreros de Gaia es sobrecogedora. Pero los compañeros de Arne no eran Hijos de Gaia. Lo acompañaban un Señor de la Sombra y dos Colmillos Plateados.

—Más cachorros —bufó Brand—. Lobeznos, y encima redrojos. Cuando los Fenrir enviamos un representante a las tribus, mandamos a los mejores de entre los nuestros. Ya veo que las demás tribus no tienen tantos escrúpulos. Sólo hay que fijarse en ese blasfemo perro cruzado de...

La voz de Karin lo acalló, rotunda.

—Ya es suficiente, Guardián. Estás sacando las cosas de quicio. Nuestras disculpas, Oksana Yahnivna. —Lanzó una mirada torva a Brand, esperando a que también él pidiese perdón de inmediato.

—¿Acaso no es cierto lo que digo? Respóndeme a eso y cerraré la boca! Los dos sabemos con qué moneda nos han pagado nuestros «hermanos y hermanas» del Clan del Alba. Pero si salta a la vista igual que las astas de...

—¡Basta! —gritó Karin. Se levantó de su asiento y se irguió sobre el Guardián—. Esta invitada ha venido para honrar a nuestro muerto. Habéis contraído con ella una deuda personal de honor además de la de cortesía que se le debe a todos los huéspedes de esta casa. No pienso tolerar que...

Oksana apoyó una mano sobre el brazo de Karin.

—El Guardián se ha visto abrumado por su pesar. No le podemos tener en cuenta sus acaloradas palabras. Si me hiciese el favor de escuchar mi relato, narraré la batalla de Arne contra el Wyrn del Trueno. Si este no es el momento adecuado...

Brand echaba humo, pero su voz sonó baja y firme.

—No te equivoques, hija de las sombras. No vas a salir de esta casa sin contarme lo que he venido a escuchar.

Oksana hizo caso omiso de la amenaza.

—Excelente. Por favor, sentaos y hablaré. Arne Ruina del Wyrn no se dirigió solo a la batalla, sino junto a uno de los guerreros vivos más legendarios de la nación Garou. Combatió hombro con hombro con nada más y nada menos que Lord Arkady de la Casa de la Luna Creciente...

—¿Arkady? —Garmson volvía a estar de pie—. ¿No será el mismo Arkady que todos conocemos? Pese a nuestro aislamiento, conocemos la historia de la Corona de Plata y la ascensión del Rey Albrecht al trono de los Colmillos Plateados. Dicen que Albrecht desterró a Arkady... [A]cusado de poseer la mancha del Wyrn! ¿Este es el guardián al que le confiasteis a mi hijo? [N]unca en mi vida había jugado alguien con tanta falsedad conmigo y con los míos! Habéis oído sus palabras, Jarlsdottir. [S]us propias palabras! ¿Acaso lo niega?

—Seguro que Oksana Yahnivna no ha querido decir... —comenzó Karin, antes de enmudecer al ver la confirmación reflejada en los ojos de su invitada.

—¿Acaso lo niega? —insistió Brand.

—No niego nada. No he venido para ser juzgada. Lord Arkady estaba visitando la manada. Vuestro hijo, por voluntad propia, acompañó a Arkady. Arne no era ningún cachorro de teta, Guardián. La primera vez que vino a vernos, ya había superado su Nombramiento, era libre de decidir por sí mismo. Otros dos guerreros completaban su partida de caza. El primero era Victor Svorenko, el acogido de los Colmillos Plateados, amigo y compañero leal de Arne. Durante la estancia de vuestro hijo en la manada, los dos eran inseparables. El otro era un Señor de la Sombra, Yaroslav Neyizhsalo. Los cuatro componentes del equipo eran formidables guerreros. Cuando la partida decidió seguir el rastro de la bestia del Wym, no se lo consultaron a Sergiy Pisa la Mañana. Se fueron sin dar explicaciones ni pedir su sanción. Si conoces a Pisa la Mañana, sabrás que él es el primero en lanzarse a la batalla. No tiene por costumbre enviar a los suyos a correr peligro alguno en solitario. También hay que decir que la expedición era noble y Bienintencionada a pesar de todo. No hay honor en dejar escapar una oportunidad cuando ésta llama a tu puerta.

Oksana se había aprendido la historia de carrerilla de Victor Svorenko y la narró en su totalidad. Estaba decidida a no omitir nada. Relató la batalla con los tres fomori en la casa del cabrero, y de la consiguiente partida en pos de la mina de estaño, el epicentro de la corrupción. Contó la heroica caída de Arne, desgarrado entre las fauces del Wym del Trueno. Repitió el inquietante relato de Victor de la dominación de la bestia por parte de Arkady, de su influjo sobrenatural sobre los esclavos del Wym. Por último, contó cómo Victor había traído a su compañero de regreso al Clan del Alba.

Cuando hubo finalizado, permanecieron sentados en silencio durante algún tiempo. Parecía que el Guardián había perdido su

belicosidad. La historia de la muerte de su hijo había cerrado un círculo, de un modo como ni siquiera la proximidad del cuerpo destrozado del muchacho podía lograr. Contada la historia, algo en lo más hondo de Brand Garmson se cerró. Algo que no volvería a ver la luz de la luna.

No quería recordar los momentos que habían compartido. Aquello traía dolor, y reproche, y una rabia que crecía despacio.

En algún lugar de su interior persistía el recuerdo de un Arne más joven, una pincelada de plata patinando sobre el lago helado, un cachorro durante su primera cacería. Brand dejó que el peso del hielo se cerniera sobre el muchacho, y se lo tragara.

En alguna parte, una lanza pendía olvidada de Arne, inclinado horrorizado sobre el cuerpo de hermano acogido. Una fanfarrona lucha por la supremacía entre cachorros que había ido demasiado lejos. Bran vio cómo la sangre derramada se alzaba como la marea desatada hasta engullir por completo a los dos muchachos.

En alguna parte, Brand, veinte cuerpos por delante de su manada, atravesaba desesperado el poblado en dirección al aullido de alarma de su hijo. Llegó a tiempo de descubrir al muchacho hundido hasta las ancas en los despojos de la Perdición que los skalds llamarían más tarde Muerte Reptante en las Extremidades. Su primera muerte. Brand recordaba cómo había tenido que llevar en brazos a su hijo todo el camino hasta la cabaña. Los pies del muchacho eran poco más que muñones ennegrecidos y helados.

Años después, sentado en la Casa del Vuelo de Lanza, el Guardián le volvió la espalda a aquel lastimoso recuerdo para que emprendiera su propio regreso al hogar.

Cuando volvió al presente, había acero en su mirada y una calma inquietante que presagiaba violentas tormentas en el horizonte. Las dos mujeres conversaban entre susurros.

—Te damos las gracias, Oksana Yahnivna. Quédate y sé nuestra huésped de honor durante los ritos fúnebres de Arne —dijo Karin.

—Os agradezco vuestra generosa oferta de hospitalidad, pero creo que mi presencia aquí no hará sino prolongar la cicatrización de la herida. Sería mejor que me vaya, ya que he cumplido con la misión que me trajo.

—Haz lo que mejor creas. Has desempeñado tu labor de forma admirable. Sé que no te habrá resultado sencillo y que te alegrarás de volver de nuevo junto a los tuyos cuanto antes. A tu regreso, ¿podrías entregarle a Sergiy Pisa la Mañana un regalo de mi parte? Me gustaría que supiese que no le guardo animosidad, ni a él ni a los suyos, por lo que ha ocurrido.

—Será un honor. Eres una líder gentil y generosa Karin Jarlsdottir. Espero oír historias de grandes hazañas del Clan de la Forja del Klaive en el futuro. Si he de ser sincera, no sabía qué tipo de recibimiento podía esperar Me alegro de haberte conocido al final de mi viaje. Sólo tengo un último favor que pedir os antes de emprender mi camino.

Oksana bajó la mirada y dejó que la pausa creciera. Medio esperaba que Karin le saliera inesperadamente con una de esas dramáticas ofertas de dadivosidad que caracterizaban a los Fenrir. Se vio defraudada. En Karin las pasiones de luna llena características de los Fenrir, sus legendarios excesos a la hora de hacer espléndidos regalos, de exagerados galanteos y de ardor guerrero, se veían templadas por la prudencia y la sabiduría de una equilibrada media luna.

—¿Qué es lo que podemos hacer por ti, Oksana Yahnivna?

Oksana intentó parecer espontánea, como si lo que solicitara fuese en realidad algo trivial e inocuo.

—Me gustaría ver al acogido, Grita Caos. También él estará interesado en las noticias que porto y me gustaría dárselas en persona. Hay ciertas... formas que observar en estos casos. Ha de conocerlas para que no añada sin querer aún más dolor a vuestro pueblo antes de nuestra marcha.

Tras aquel último pronunciamiento, el Guardián salió de su ensimismamiento. Su voz era fría como el hielo.

—El muchacho ya lo sabe. Lo sabe desde que nos enteramos de que Arne... de que nuestro acogido no regresaría. También sabe lo que eso significa. Sabía en lo que se metía ya antes de abandonar vuestra manada. Por favor, ahórranos este parloteo acerca de los preparativos para el viaje. Sabes tan bien como nosotros que eso no admite discusión. Grita Caos no va a ir a ninguna parte.

Capítulo tres



Oksana le dirigió una mirada atónita, como si a ella jamás se le hubiese ocurrido semejante idea.


—¿Qué quieres decir, Guardián? Espero que Grita Caos no haya sido hecho prisionero. Es Garou, huésped vuestro y libre para ir y venir a su antojo.

—Era un rehén de paz. Su vida aseguraba la de mi hijo. Ahora ha perdido ese derecho. Es el *wergild*, el precio de la sangre. Si hubiésemos sido tan descuidados como para permitir que Grita Caos sufriese algún daño bajo nuestra protección, no esperaríamos el regreso de Arne. Pero tú todo esto ya lo sabes. ¿Por qué te haces la cachorra ingenua con nosotros?

Oksana, con aspecto dolido, se volvió hacia Karin.

—¿Es esto verdad? Espero que no pretendáis... No, es indescriptible! Quiero ver a Grita Caos ahora mismo. Si le habéis hecho algún daño...

—Por favor, tranquilízate, Oksana Yahnivna. Grita Caos se encuentra bien y lo verás en breve. Pero el Guardián está en lo cierto, no podrá regresar contigo al Clan del Alba.



El margrave Yuri Konietzko se acuclilló sobre la cara expuesta del risco. La colina llevaba su nombre. Era un lugar silencioso, su lugar de tranquilidad. El ojo del huracán de actividad que giraba en torno al prominente Señor de la Sombra. Sintió, más que escuchó, la intrusión en su santuario azotado por el viento... el batir de alas negras. El estridente chillido del cuervo de la tormenta.

El ave se posó sobre un peñasco cercano y ladeo la cabeza, mirándolo con curiosidad. Konietzko se dio cuenta de inmediato de que aquel no era un cuervo corriente. Le recordaba al dibujo de un crío; el esbozo de la criatura era demasiado pronunciado, cada pluma destacaba en marcado relieve. Aquellas plumas que poseían cierta cualidad en su negrura... era como observar un agujero entre dos mundos.

Cuando abrió el pico, habló con voz humana. Yuri la conocía bien. Perteneecía a Oksana Yahnivna. Ante el sonido de la voz de su hija, la irritación inicial del margrave aflojó en parte su presa. Se obligó a relajar los músculos del cuello y los hombros.

—Os pido disculpas, margrave, por interrumpir a propósito vuestras meditaciones. Sólo os pido que escuchéis mis noticias antes de dictar sentencia sobre el mensajero. —El cuervo volvió a ladear la cabeza aunque, en esta ocasión, el gesto parecía obedecer a una señal de deferencia, como si se inclinara ante su señor.

—La justicia puede ser ciega, pero no sorda, Oksana Yahnivna. Habla y se juzgará la severidad de tu falta según tus palabras.

—La situación es compleja, pero intentaré resumirla. Me encuentro en el Clan de la Forja del Klaive. Karin Jarlsdottir ha convocado una Asamblea. Tendrá lugar la próxima luna llena. Creo que deberíais asistir.

Yuri descartó la idea con un enojado aleteo de su mano.

—La Jarlsdottir carece de la autoridad necesaria para convocar una Asamblea. Se precisan al menos cinco venerables Garou, representantes de cinco tribus, para concertar tan solemne reunión. Aun cuando pudiera de algún modo, convencer al número de ancianos necesario para que le dieran su visto bueno, la asamblea seguiría sin celebrarse hasta que hubiesen transcurrido tres ciclos lunares desde el día de su convocatoria. No hay tiempo de transmitir la noticia a las tribus y a las partes interesadas para que se desplacen al lugar de la asamblea.

El cuervo picoteó nervioso la roca donde se asentaba. Oksana no se dio cuenta hasta escuchar el incesante tamborileo de que el cuervo de la tormenta comunicaba, no sólo sus palabras, sino también su agitación. Se obligó a permanecer serena y se limitó a responder:

—Eso díselo a ella.

Con un bufido de fastidio, el margrave le dio la espalda al ave, pero consideró sus palabras. Calculó y volvió a calcular el actual equilibrio de poder y prestigio entre las manadas del norte de Europa.

—No —dijo por fin—. Jarlsdottir es demasiado nueva. Carece de peso político. Es una líder de manada y una portavoz de la ley... y en cualquier de esas facetas podría imponer cierto respeto. Pero ¿convocar a las tribus? No acudirá nadie. Nadie prestará credibilidad a su presunción. ¶De verdad, Oksana! Sé que la Camada es gente feroz, y su entusiasmo de cachorro es su cualidad más simpática, pero hay cosas que deben hacerse según la tradición.

—Va a ejecutar a un acogido de los Hijos de Gaia.

El margrave inspiró aire despacio, pausado. Se frotó el puente de la nariz con ambas manos.

—Los Garou no matan Garou, Oksana. Jarlsdottir es una portavoz de la ley. Está muy familiarizada con nuestras tradiciones. Si este acogido ha cometido algún crimen dentro de su dominio, lo someterá a juicio. Está en su derecho. También es, podría añadir, un asunto local, en el que no nos dará las gracias por inmiscuirnos.

—Grita Caos, el acogido de los Hijos, no está acusado de ningún crimen, margrave. Es una víctima de las circunstancias. Os acordáis del informe que os envié hace algunos meses acerca de la iniciativa de Sergiy Pisa la Mañana de cerrar la sima que separa a las tribus...

El margrave lanzó una mirada crítica al ave, que saltó inquieto de pata a pata.

—Lo recuerdo bien. Aunque, en aquel sumario, se presentaba la idea como si fuese iniciativa *tuya*, si es que no me falla la memoria.

—El margrave adula a su sierva. Me limité a ofrecerle nuestra guía en este asunto a Pisa la Mañana.

—Continúa —ordenó, con voz cortante como una navaja.

—Como parte de aquella iniciativa, nos dirigimos a otras mandadas con las que manteníamos relaciones diplomáticas. Acordamos un intercambio de hermanos de leche, para enviar a los mejores y más brillantes, a los más prometedores de la nueva generación de Garou, verdaderos príncipes de la sangre todos ellos, en calidad de acogidos dentro de las manadas aliadas. Éstas, a cambio, nos enviarían a uno de los suyos para vivir entre nosotros, para aprender nuestras costumbres y descubrir que las tribus pueden trabajar juntas, aunar esfuerzos y prosperar.

—Sí, sí. Noble sentimiento. Y este Grita Caos fue enviado a la Camada, al Clan de la Forja del Klaive. ¿De qué me suena ese nombre? Grita Caos...

—Es el hijo de la hermana de Pisa la Mañana —aclaró Oksana, quizás algo precipitadamente—. La Camada nunca se sintió demasiado contenta con el acuerdo. Se lo toman todo de forma tan literal... Creo que se tomaban a los acogidos más como rehenes de paz. Garantizaban su alianza con nuestra manada. Si fuésemos atacados, la Camada acudiría en nuestro socorro. Su hijo de leche garantizaba ese compromiso.

—¿Quién es el acogido de la Camada?

—Se llamaba Arne Ruina del Wyrn, el hijo de Brand Garmson, Guardián del Clan de la Forja del Klaive.

—¿Se llamaba? —El margrave atajó sin rodeos la raíz del dilema.

—Sí, margrave. Arne sucumbió en lid contra un Wyrn del Trueno. El Guardián, Garmson, exige el *wergild*, el precio de la sangre. Su hijo se encontraba, técnicamente, bajo nuestra protección.

El margrave sacudió la cabeza.

—Un desliz imperdonable, Oksana. Indigno de ti. ¿Cómo pudiste permitir que el muchacho se dirigiese a la batalla cuando estabas comprometida a protegerlo de cualquier peligro? No me puedo creer que fueses tan negligente. Aquí hay más de lo que me estás contando. ¿Por qué querías que muriese ese joven?

El pájaro batió las alas alarmado, a punto de despegarse de su precario asidero.

—Os equivocáis, margrave. Yo no le deseaba ningún mal al muchacho. Pero no se puede mantener a uno de la Camada lejos del combate, igual que no se puede evitar que el río fluya colina abajo.

—A veces resulta prudente embalsar los ríos —señaló el margrave—. A fin de evitar que destruya nuestros hogares durante la época de crecidas, por ejemplo.

El cuervo humilló la cabeza.

—Más estúpido aún resulta discutir con el margrave. Os concedo la razón. Tampoco os equivocáis al pensar que este desagradable asunto entraña mucho más. Cuando Arne Ruina del Wym falleció, combatía al lado de Lord Arkady de la Casa...

Por un aterrador instante, Oksana tuvo la impresión de que el margrave estuvo a punto de apresar al ave entre sus garras. Dio un paso atrás, como si aquel gesto hubiese podido evitar el golpe fatal.

—¿Arkady estaba allí? Entre vosotros! ¿Y no te pareció que deberías haberme informado? —Resultaba obvio que pugnaba por conservar el control. La punta de sus zarpas podía verse sobresaliendo de las yemas de sus dedos. Su mano, medio extendida, temblaba presa de la tensión.

El cuervo asomó la cabeza debajo de un ala.

—Me temo que aún os queda por oír lo peor, margrave. Karin Jarlsdottir sometería a juicio a Arkady por su parte de culpa en la muerte del acogido. Por sus crímenes contra los Garou. Por aliarse con el Wym.

—Ni siquiera Albrecht —entonó despacio el margrave— fue capaz de conseguir que cuajaran esas acusaciones. ¿Qué te hace pensar que la Jarlsdottir va a tener éxito donde sus mayores han fracasado? ¿Qué te hace pensar que Arkady llegará a enterarse siquiera de estas acusaciones?

—Hay nuevas pruebas a tener en cuenta, evidencias de primera mano procedentes de una fuente intachable. Victor Svorenko, un Colmillo Plateado, príncipe de la Casa de la Luna Creciente.

—Sangre y carne de Arkady. Muy interesante. Quiero saber más. Retrasaremos la sanción por tus imperdonables negligencias y deslices hasta verte en persona. Por favor, informa a la

Jarlsdottir de que estaremos encantados de aceptar su generosa invitación.

El cuervo inclinó la cabeza hasta tocar la roca sobre la que se encontraba posado, antes de propulsarse por los aires y batir las alas con fiereza en busca de altura y libertad.

Capítulo cuatro



Sören Hospitalero era un remolino desatado entre las casas. Parecía encontrarse en todas partes al mismo tiempo. Un flujo constante de sirvientes que salían de las cocinas, el salón de invitados y las patrullas del perímetro le pusieron al corriente de las últimas catástrofes.

El torrente de invitados había comenzado a llegar a la manada. Ya se había encontrado con visitantes de lugares tan lejanos como Australia y Nueva York (y ya había tenido que solventar distintas reyertas). Sören sacudió la cabeza con resignación. No tenía ni idea de cómo iba a alojar a tanta gente. Tampoco estaba seguro de poder perdonar a la Jarlsdottir por este nuevo bombazo.

La primera vez que había abordado el tema hacía un mes, la reunión iba a ser una «sencilla» asamblea. Sin problemas. La tradicional convocatoria de guerreros Fenrir sólo le habría depurado una quincena de trabajo extra para los preparativos. Puede que la mitad para limpiarlo todo.

Según lo previsto, había alineado sus regimientos de cazadores y cocineros. Había dispuesto un abastecimiento de provisiones

que podría ayudar a un ejército sitiado a sobrevivir durante un cruel invierno. Había cubierto toda una pared de la Casa del Vuelo de Lanza con barriles de cerveza, apilando uno sobre otro hasta que rozaron las vigas del techo. Había preparado habitaciones para alojar a unas cuantas docenas de hermanos Fenrir visitantes.

Esto último, por sí solo, constituía toda una proeza. Entre los Fenrir, la vida era corta, pero los recuerdos, longevos. En todas las ocasiones anteriores, el entusiasmo de la alborotadora banda de guerreros había supuesto la completa reconstrucción desde los cimientos de, al menos, toda una casa.

Una pincelada de pelaje gris se abrió paso hacia él por el Aeld Baile. En medio de la carrera, el cachorro ya había comenzado a cambiar. El corredor patinó hasta detenerse, a punto estuvo de tropezar a los pies del Hospitalero, con el nudo de brazos y piernas humanas entorpecido por la inercia de la carrera a cuatro patas.

—Sören —boqueó el cachorro, sin resuello—. Tienes que venir enseguida. Ojo de Tormenta. La Garras. Dice que...

Sören puso los ojos en blanco.

—Mira, ya te lo he dicho. No tiene por qué quedarse en ninguna «madriguera homínida infestada por el Wyrm». Puede dormir en el bosque, por lo que a mí respecta. Demonios, ya he sacado a todos nuestros cazadores de sus propias casas para que se busquen un hueco entre los árboles. No puedo hacer más para intentar encontrar sitio para todos.

—No, no es eso. —El cachorro intentaba recuperar el aliento—. Está instigando a los guerreros. Ya están en camino. A la Casa de Hielo. Van a matar al acogido.

—¿Y vienes corriendo ante mí? ¡Maldito lobezno estúpido! Busca al Guardián, ya! Voy a por la Jarlsdottir. Dile a Brand que nos veremos allí, en la Casa de Hielo. Corre.

Sören ya se había dado la vuelta y era un remolino que soplaba raudo colina arriba, hacia la Casa del Vuelo de Lanza.

Capítulo cinco



La muchedumbre de Garou se aproximaba a la Casa de Hielo con la misma sutileza que el furioso chasquido de una trampa para osos al cerrarse.

El solitario edificio se erigía en el extremo más alejado del campamento Fenrir, junto a la orilla del Martillazo. Quedaba lejos de la vista de la Casa del Vuelo de Lanza. Los troncos del edificio cerraban sólo tres caras, dejando abierta el ala este, que daba al centro del túmulo. En verano, la estructura ofrecía algo de protección contra los peores estragos del frío y el aguanieve. Durante los largos inviernos, no se mostraba tan generosa.

El interior del edificio, largo y achaparrado, quedaba dominado por la antigua forja, cuyo corazón se hallaba ahora frío y muerto. En los últimos tres años no se había encendido allí ningún fuego. Aún podía percibirse la depresión en el suelo de tierra prensada donde otrora se irguiera el Yunque de Tor, antes de la llegada de la Jarlsdottir.

Aunque la Casa del Vuelo de Lanza era el centro del túmulo, el Yunque era su corazón. Allí se había forjado armas legendarias:

los grandes klaives de los míticos héroes Fenrir, los martillos de plata de los mayores portavoces de la ley de la tribu. En las narraciones de los skalds, el Yunque no era obra de manos humanas, sino que había caído del cielo cuando el propio martillo de Tor erró el golpe. Contaban que el sonido de aquel impacto era lo que había guiado al fundador de la manada, Ulfwain Padre Klaive, por el cegador témpano de hielo hasta aquel remoto paraje. Y que, durante los primeros días de la manada, cuando aún era el Señor de la Forja, nunca hubo de alimentarse el fuego de su interior pues, en aquellos albores, el Yunque resplandecía con una llama interior, con tal intensidad que ningún hombre podía osar tocarlo con la mano. Sólo el Padre Klaive era capaz de soportar su proximidad; su calor quemó a aquella montaña de hombre hasta volverlo negro como el tizón y calvo como un cachorro recién nacido.

El Yunque, o más bien sus restos, coronaba ahora la Colina de las Lamentaciones, y aún había quien culpaba a la Jarlsdottir. Los Fenrir no olvidaban ni perdonaban con facilidad.

No se percibía atisbo alguno de perdón en los ojos de la multitud que cercaba la Casa de Hielo. Había llegado a sus oídos el relato de la injusticia cometida contra su hermano de leche, Arne Ruina del Wyrn, a manos de sus supuestos aliados, el Clan del Alba. Su intención estaba clara: vengar aquella afrenta sin más dilación.

La Casa de Hielo había permanecido vacía y desatendida desde el regreso de la Jarlsdottir. Hasta la llegada del familiar de leche. Lo que pudo haber visto el recién llegado en aquel páramo hostil era algo que nadie acertaba a imaginar, pero el hombre pareció cogerle un afecto inmediato. Transcurrida una semana de su llegada, había solicitado permiso a la Jarlsdottir para montar allí su residencia.

Hasta aquel momento, sólo los sótanos de la Casa de Hielo se utilizaban con cierta regularidad. Las paredes, el suelo e incluso el techo de los mismos eran sólidas planchas de hielo. En algún momento del lejano pasado, se habían forrado con gruesos bloques de hielo antes de pulirlos y sellar las juntas con calor y trabajo duro. En aquel clima, no corría peligro de deshelerse ni fundirse. Pendían carnes curadas del techo. En una esquina se apilaban toneles de pequeñas manzanas amargas y, en la pared posterior, chaparros barriles de sidra fuerte. Cuando se hubo alojado allí, Grita Caos no vio ningún motivo por el que debiese alterar aquella disposición. Se mudó directamente a la planta baja, entre la abundancia de provisiones, y se nombró a sí mismo bodeguero y encargado del almacén.

El viento aullaba sobre los toscos escalones tallados que descendían desde el centro de la Casa de Hielo. En el pasado existió una doble puerta de madera que podía cerrarse sobre la escalera a fin de evitar que los animales entrasen en los sótanos. Grita Caos había quitado las puertas poco después de su llegada, como respuesta inmediata a la ocasión en la que uno de los cachorros había trancado ambos pomos con una sólida tranca para dejar encerrado al recién llegado. Karin lo había encontrado apenas horas después. Ileso, pero prevenido.

Ahora, sólo el inmenso corpachón del Guardián bloqueaba el portal.

—Venimos a por el acogido! —tronó Aeric Sangra Sólo Hielo—. Únete a nosotros o hazte a un lado. Te espera un lugar de honor entre nosotros, a la cabeza de nuestra columna. Ya es hora de poner fin a este irreflexivo intercambio de rehenes de paz.

La multitud que lo respaldaba profirió una acalorada bienvenida a aquellas palabras. Una voz femenina, engolada a fin de hacerse oír, sobresalió del estruendo.

—¿Rehenes de paz? —retó, en la lengua del lobo—. **M**ás bien trozos de rehenes! **E**l cadáver devorado por el Wyrn de vuestro hermano de leche! Ya habéis visto cómo tratan estos Hijos de Gaia a sus aliados. Con las garras escondidas tras los puños cerrados. Lo habéis visto. **A**hora les enseñaremos cómo tratamos nosotros a los falsos amigos!

La lustrosa loba avanzó a través de la masa furiosa de Garou. Le abrieron paso como si de una roca en medio de un río se tratase. El parche de pelaje rojizo de su garganta refulgía igual que una herida abierta al brillo cegador del campo nevado. Su ojo izquierdo se veía sellado por una cicatriz, vuelto, no sobre este mundo; sino sobre él siguiente. Los Garras la llamaban Ojo de Tormenta; ni siquiera sus más feroces guerreros se atrevían a mirar en la misma dirección que ella.

—Nadie va a enriar en esta casa. —Ésa era la voz del Guardián. Fría, amenazadora, poco más que un rumor, un eco del trueno a lo lejos, una tormenta que se fraguaba. Se erguía bajo los aleros de la Casa de Hielo, con aire protector. Las escaleras del sótano quedaban a su espalda—. El prisionero no puede recibir visitas.

—Hablaba en serio —repuso Aeric—. Tu sitio está aquí, Guardián, a la cabeza. Tú, más que nadie, has resultado afectado por esta traición. Si pides la muerte, la tendrás. Estás en tu derecho. **E**l precio de la sangre! Deja que nos encarguemos de ello. Será mucho mejor presentarle a la Jarlsdottir una venganza ya ejecutada que una en vías de ejecución.

—No va a haber venganza este día, Aeric. El acogido pagará; de eso no cabe duda. El día de su muerte ya ha sido fijado. Esta noche dará comienzo la Asamblea. El Hijo de Gaia comparecerá ante la Jarlsdottir dentro de dos noches. Se enfrentará a las tribus y los crímenes de su manada serán relatados ante todo el mundo. Entonces, y sólo entonces, tendremos nuestro precio de la sangre.

Aeric Sangra Sólo Hielo hizo ademán de protestar, pero una voz por encima de su hombro lo atajó.

—Habla en la lengua antigua! —le espetó Ojo de Tormenta al Guardián—. Esta ladradura homínida es endeble, no sirve para la lucha, sólo para arañarse en las tumbas. La lengua del lobo tiene garras. Úsala o vuelve a escarbar en el fango.

El Guardián no se dignó mirar en su dirección. Sosteniendo la mirada de Aeric, dijo en la lengua del lobo:

—No va a pasar nadie. Como lo digo, se hará. Esperaremos dos noches. Siempre hay tiempo. La manada tendrá que correr algo más tras su presa. Idos.

Aeric se erizó. También él había hablado para expresar la voluntad de todos los reunidos: que el acogido fuese ejecutado sin más dilación. Retirarse ahora le supondría vergüenza y ridículo. Por primera vez se dio cuenta de lo complicado de su situación. Se encontraba atrapado entre dos rivales, Brand Garmson y Ojo de Tormenta, ambos más importantes que él. Él no era más que la hoja de un cuchillo que aquellos dos antagonistas se disputaban, donde cada uno esperaba utilizarlo para destripar al otro. Nada más.

Muy bien, pensó con resignación. Ya que he de ser un cuchillo, que sea al menos afilado.

Una delgada película de sangre le nubló la vista mientras intentaba enfocar al Guardián. Rugió su reto.

Capítulo seis



Por tercera vez, Grita Caos volvió a revisar la última orden de aprovisionamiento de Sören Hospitalero. El abastecimiento de última hora para el banquete de esa noche. Estaba nervioso, distraído. Musitaba en voz alta a medida que iba leyendo: *Venado, uno y un costillar. Cabritos, tres. Cerveza (barril), uno. Sidra (toneles), siete...*

No servía de nada. Se quedó mirando absorto el montón de víveres. No conseguía acordarse de los que había tachado de la lista en esta ocasión, y cuáles las dos anteriores. Podía escuchar la creciente algarabía bajo sus pies. No se hacía ilusiones acerca de su naturaleza. Seguro que no se trataba de la llegada del trineo para transportar todos aquellos manjares a la Casa del Vuelo de Lanza. Lo más probable era que Sören le hubiese encomendado aquella tarea para mantener su mente alejada de otras preocupaciones más serias. Tenía buena intención. Grita Caos dudaba que fuese a venir ningún trineo o, de ser así que él siguiese allí para recibirlo.

El sonido de las garras arañando el hielo en busca de asidero lo sacó de golpe de su ensimismamiento. No era la presencia de invitados lo que le sorprendió, sino la dirección desde la que venía el intruso. Los sótanos sólo poseían una vía de acceso, bajando la tosca escalera desde la forja. Era la pared trasera, no obstante, lo que Grita Caos se giraba para observar; una pared de hielo sólido.

Allí se alzaba un desconocido, enigmático, sonriente. Exhibía una reluciente sonrisa vulpina que parecía casi demasiado ancha para su rostro. Grita Caos se dio perfecta cuenta de que el rostro detrás de aquella sonrisa no era de lobo ni de humano, sino algo completamente distinto. La cara de un chacal.

El recién llegado era una auténtica aparición de ultratumba. Se erguía sobre dos piernas, su pelaje era del color del cielo nocturno y sus ojos refulgían igual que estrellas blanco azuladas. A Grita Caos no le cupo duda de que aquella aparición que acababa de entrar *a través* de la pared de su casa (la cual, de por sí, ya se encontraba enterrada a varios metros por debajo de la tierra, sólida y congelada) era un heraldo de la muerte venido para acompañarlo al otro lado del Último Umbral.

Grita Caos observaba al desconocido con fascinación, cautivado. A la espera de lo que sabía que vendría, el primer y grácil movimiento del ataque, de la muerte cerniéndose sobre él. Aun así, se encogió cuando ocurrió, y aún tuvo tiempo de maldecirse a sí mismo por ser tan débil.

Mas la mano alzada se posó no sobre Grita Caos, sino sobre el hombro del propio extraño. Con gesto ausente, se sacudió los cristales de hielo que se adherían a sus brazos y se estremeció.

—Soy Mephi Más Veloz que la Muerte. Un amigo. Date prisa, no nos queda mucho tiempo.

Dicho lo cual, se volvió hacia la pared de hielo. Se inclinó sobre la misma y la bañó con su vaho, muy despacio. La superficie

se empañó. Tras aclarar un círculo con la palma de la mano, Mephi asintió satisfecho. El tosco óvalo relucía igual que un espejo. Sólo en ese momento se dio cuenta de que Grita Caos no se había movido.

El acogido parecía que hubiese echado raíces en el sitio. Negaba con la cabeza, despacio, apesadumbrado. Mephi no pudo evitar fijarse en los pronunciados cuernos de carnero que sobresalían de la frente del cachorro, y apartó la mirada enseguida. Quedarse pasmado ante la deformidad del muchacho no iba a contribuir a tranquilizarlo. Aprovechó la pausa estupefacta para comprobar la escalera. Seguía sin haber indicios de que la multitud estuviese descendiendo, pero la estridente conmoción sobre sus cabezas aumentaba de volumen, aproximándose. Extendió una zarpa hacia Grita Caos.

—Ven.

El acogido volvió a negar con la cabeza, con más vigor, con creciente certeza.

—No. No lo entiendes, no puedo. No voy a ir a ningún sitio.

Un relámpago de impaciencia iluminó el semblante de Mephi.

—Escucha, lobezno, no tienes nada que temer. Es decir, nada, si nos marchamos enseguida. Cualquier demora en estos momentos podría resultar decisiva. Por favor. —Señaló la pared con un gesto.

—No. Éste es mi hogar ahora. Ocurra lo que ocurra, me enfrentaré a ello aquí.

—Me parece que no comprendes lo que va a ocurrir. Ya han venido, tus acusadores. Los vi de camino hacia aquí, y la venganza camina con ellos. Si te encuentran, no saldrás bien parado.

—No pueden hacerme daño.

—Aquí no hay nadie que pueda protegerte de ellos —replicó Mephi, cada vez más frustrado—. No van a echarse atrás por

miedo a la Jarlsdottir. Creen que están haciendo justicia y que cumplen la voluntad de la tribu. Estás demasiado lejos de los tuyos, y tus enemigos acechan a la vuelta de la esquina. Tenemos que irnos ahora.

—No tengo enemigos aquí —repuso Grita Caos, obstinado—. Éstos son los míos ahora. Pisa la Mañana me confió al cuidado de Karin Jarlsdottir, y a ella al mío. Estoy ligado a ella. La serviré hasta que ella me ordene lo contrario.

—Te matarán —dijo Mephi, despacio.

—Entonces, moriré. Estoy listo para morir.

—Hay quien no lo está tanto —ladró el chacal, agotada su paciencia—. Si no huyes de este lugar por tu propio bien, tendrás que hacerlo por el bien de tu pueblo. Y en aras de la paz entre las manadas. ¿Qué crees tú que ocurrirá cuando hayas muerto como un valiente? Una vez se sepa que la Camada ha ejecutado a un familiar de leche de los Hijos de Gaia... uno que era inocente de cualquier delito... Tu pueblo, tu auténtico pueblo, no podrá ignorar tal afrenta. Se derramará más sangre. Puedes estar seguro de eso.

—Para los Fenrir, soy un rehén de paz. —Grita Caos se encogió de hombros—. Moriré para mantener esa paz. Ése es mi deber y la única forma de mantener la paz entre las manadas. ¿Te piensas que no le he dado ya cientos de vueltas a ese asunto?

Se acercó a Mephi y le apoyó una mano en el hombro. Cuando el chacal comenzaba a protestar, Grita Caos continuó:

—Te agradezco lo que has venido a hacer, Mephi Más Veloz que la Muerte. Ha sido un noble gesto y no caerá en el olvido. Pero no me parece probable que vaya a ser yo el que cante esta historia. No pienso huir contigo. Cuando me haya ido, tendrás que encontrar a otro juglar para que narre lo que aquí aconteció. Respeta el último deseo de un condenado. Hazlo por mí.

Un inconfundible rugido de desafío irrumpió desde arriba. Los ojos de Mephi saltaron nerviosos a las escaleras.

—Podría obligarte a venir conmigo —especuló. Su voz se había reducido a un susurro. Sus orejas giraron, pugnando por escuchar los sonidos que delataran pelea sobre sus cabezas—. No me costaría nada. No, no hace falta que erices los pelos. No tendría que reducirte, ni siquiera me haría falta ponerte la mano encima. Sería cuestión de engancharte, así, y luego caminar de lado a través del reflejo del hielo pulido.

Grita Caos sintió el violento tirón. Fue como si un puño se hubiese cerrado en torno a sus entrañas. La fuerza lo impulsó hacia arriba; se balanceó hacia delante sobre los talones y no consiguió recuperar el equilibrio. Se sintió como si lo estuvieran izando por medio de una cuerda anudada a su estómago.

—Si no me liberas, de inmediato, me aseguraré de que tu participación en este turbio asunto salga a la luz antes de que sus colmillos acaben conmigo —boqueó, inmerso en la lucha con su atadura invisible. Hubiese dado lo mismo que quisiera detener las mareas. Se encontraba enganchado con tanta firmeza como habilidad.

—Pero no te voy a llevar así —concluyó Mephi por fin, aparentemente ajeno tanto a las protestas del acogido como a sus amenazas. Tan inesperada como había venido la presión, desapareció, a punto de precipitar a Grita Caos contra el suelo. Mephi no hizo ademán de ayudarlo, sino que continuó hablando, con los ojos huidizos hacia el hueco de la escalera—. Ya veo que he llegado demasiado tarde. La muerte ya se ha apoderado de ti, y no moverás ni un dedo para evadirla ni retrasar su llegada. Quédate pues, si tanto ansías su putrefacto abrazo. Adiós, lobezno.

Extendió una mano para tocar la fría y pulida superficie del hielo.

—Adiós, Mephi Más Rápido que la Muerte.

El chacal se detuvo y se volvió despacio hacia el cachorro. Se escuchó un gran estruendo arriba y un aullido de dolor y derrota. Seguido del inconfundible sonido de pisadas sobre los escalones.

Capítulo siete



El Guardián se mantuvo en su sitio mientras el joven guerrero cambiaba. Aeric aulló, los músculos de su espalda, cuello y brazos se agolparon y abultaron, intentando liberarse de la prisión de carne humana. Se cernió sobre el Guardián. Brand mantuvo los ojos clavados en los de Aeric mientras éste crecía hasta alcanzar proporciones gigantescas. Dos metros, dos metros y medio, hasta alcanzar los dos metros setenta de altura.

La muchedumbre se agrupó ansiosa, como si ya pudiera oler la sangre que sin duda iba a derramarse. Formaron un cordón ajustado alrededor de los dos antagonistas. Los más próximos se encontraban debajo de los aleros de la Casa de Hielo, aunque ninguno hizo ademán de dirigirse hacia la escalera central. Tales asuntos se regían por un código, una costumbre de garras y colmillos más antigua y primaria que cualquier ley humana. Aeric había desafiado al Guardián por el derecho a ser el primero en bajar por aquel agujero, para sacar a rastras en persona a su presa. Ninguno de los presentes osaría usurpar ese privilegio.

Por lo menos, no hasta que el resultado de este reto quedase decidido. Caminaban en un círculo paciente, en busca de la primera señal de debilidad.

Cada uno de los combatientes sentía la presión de aquel anillo sobre él, el calor de los cuerpos y las respiraciones. Ambos comprendían su significado a la perfección. Un desafío tan público entrañaba peligro, el peligro de dar rienda suelta a la bestia e incitar la misma reacción entre el público asistente, una vez comenzara a manar la sangre, no habría vuelta de hoja.

Cuando el rugiente cordón percibiese el olor de la sangre vital derramada, las apuestas aumentarían de forma dramática. Si cualquiera de los dos adversarios llegase a perder pie o a ser derribado, aquello supondría el fin. Los demás, todos los demás, se abalanzarían sobre él al instante. No existirían segundas oportunidades de abogar por su postura bajo el caos de garras y el peso aplastante de los cuerpos. Sus veredictos eran absolutos e inapelables.

Aeric se inclinó sobre el Guardián y aulló de nuevo, directamente sobre su rostro. El cabello de Brand voló hacia atrás debido a la fuerza del grito, pero no cambió ni adoptó una pose marcial. Se limitó a sostener la mirada del joven Garou.

La multitud profería gañidos de impaciencia. Una voz familiar, más atrevida que el resto, azuzó:

—**M**irad cómo se acobarda el Guardián ante él! ¿Dónde está tu rabia, Guardián? A lo mejor la Jarlsdottir le ha ordenado que hoy se deje las garras en casa. Alguien tendría que ir corriendo a su madriguera de homínida para pedírselas.

Si hubo ladridos de mofa procedentes del círculo, nadie hizo ademán alguno de escindir del grupo. Al contrario, se arracimaron aún más. Hubo quienes no pudieron retener su forma

humana por más tiempo y, cubiertos por la piel del lobo, saltaban presa de la excitación.

—¡Saca las garras! —voceó Aeric—. ¡Belea, o te destriparé ahí mismo! ¿Te crees que no puedo arrancarte tu pellejo humano a tiras? Eres un estúpido. Si no luchas me afilaré las garras con tus huesos. ¡Enfréntate a mí!

El Guardián se encrespó ante aquellos insultos, pero siguió sin moverse. Los que se agolpaban más cerca de él podrían haberse fijado en una oleada que le recorría los músculos de la espalda y los hombros; el único indicio visible de la rabia que se acumulaba despacio en su interior.

—¡Ya lo veis! —se dirigió Aeric a los espectadores—. ¡No quiere combatir! No es Guardián, ni alfa, ni Fenrir. Te lo diré por última vez, hombrecito, apártate o te parto por la mitad. El hedor a meados de tu miedo y tu vergüenza me produce nauseas.

No fue un sonido humano lo que brotó de la garganta del Guardián, ni tampoco algo del todo animal. Era un aullido, sin lugar a dudas, como ninguna criatura viviente hubiese proferido jamás. Era una corriente de aire estancado que silbaba desde la tumba, un sonido quejumbroso de dolor y pérdida desorbitados. Todos los que lo escucharon retrocedieron por instinto, asaltados por recuerdos de seres queridos y hermanos acogidos arrebatados de su lado.

El Guardián no cambió de forma, aunque el cambio sí que se produjo. Algo se alzó en su interior. Algo oscuro. Algo que no era de este mundo. Su dolor brotó de sus hombros como alas de pura sombra, para erguirse sobre su cabeza. Dos metros, dos metros y medio, hasta tres metros de altura. Era un espectáculo sobrecogedor. La sombra se cubría con la forma del guerrero *berseke* como si fuese un traje raído que no le valiese, que no pudiese estirarse para cubrirle las muñecas y los tobillos.

Encorvada, la bestia andrajosa se inclinó hacia delante, doblándose casi por la mitad, como si el techo de la Casa de Hielo fuese demasiado bajo para albergarla. Sus garras, largas como guadañas, rascaron el suelo a los costados con el chirriante sonido de una piedra de amolar. Todo el pelaje de la criatura se encontraba erizado, como si lo cubriese una armadura de crueles navajas de la cabeza a los pies.

La sombra eclipsó por entero al Guardián. Éste era un frágil y pálido ser de carne, arrastrado por las olas de su propio dolor y pesar. En cualquier momento, la sombra podría romper sobre él, aplastándolo, ahogándolo.

Aeric palideció ante aquella aparición, pero hizo honor a su nombre y a su raza. Se abalanzó directamente, por instinto, a la garganta de la bestia.

La multitud estiró el cuello, pugnando por no perderse detalle, apretando los dientes por la emoción que precedió al impacto.

Pero las mandíbulas de Aeric no alcanzaron aquella garganta sombría. Una zarpa monstruosa se alzó más veloz que el pensamiento, descargando sobre él un revés que lo alcanzó en pleno vuelo y lo envió volando por los aires. La fuerza de aquel manotazo resonó atronadora. Las paredes de la Casa de Hielo se estremecieron con la reverberación.

Aeric traspasó el círculo de espectadores, acompañado por gañidos de dolor y sorpresa. Aterrizó de golpe sobre un hombro y patinó sobre el hielo, lo cual probablemente fue lo único que le salvó la vida. Cuando se hubo detenido, se había deslizado lo bastante lejos de los hambrientos testigos como para disfrutar de unos segundos en los que volver a ponerse de pie. Un aullido de frustración brotó de la muchedumbre al ver que se les había escapado, pero le abrieron paso con las garras en alto cuando Aeric consiguió volver a incorporarse con gran esfuerzo.

En esta ocasión, cargó más abajo; no contra la garganta de sombras que se cernía en lo alto, sino contra la frágil forma humana del Guardián.

Al percatarse de aquella nueva estratagema, la multitud rompió en vítores. Los que portaban armas las golpearon contra sus escudos. Los que se encontraban en forma lupina brincaron excitados. El resultado final de aquella lucha no dejaba lugar a dudas. No había ni uno solo entre ellos que no hubiese sentido alguna vez cómo la carne humana se rasgaba como el papel y se astillaban los huesos ante un asalto de aquellas características. A sus enfervorizados ojos, el Guardián ya era cadáver, igual que el ciervo que, herido de muerte, aún era capaz de dar dos o tres pasos vacilantes antes de resignarse a su sino y rendirse al abrazo de la Tierra.

Aeric penetró en la guardia de la bestia sombría antes de que el Guardián pudiese reaccionar. Al ver cómo se le echaba encima aquella tormenta de garras extendidas y colmillos rechinadores, el Guardián salió por fin de la sima de su dolor y sentimiento de pérdida. No tenía tiempo de pensar, de planear, de razonar. Giró sobre sí mismo por instinto y una mano salió disparada ante su cara.

No era un gesto defensivo, sino un puñetazo lanzado con toda la fuerza que aquella forma humana podía generar, directo al rostro de la muerte.

Era un esfuerzo fútil y todos, incluido el Guardián, lo sabían. Pero era un gesto de espíritu indómito, y había algo en todo lugar de poder que se agita en presencia de los gestos de espíritu indómito.

Aeric sintió cómo el enorme puño de la bestia de sombras pasaba silbando junto a él, justo por encima de su cabeza, imitando a la perfección el movimiento del Guardián. Vio cómo el

hombrecillo giraba sobre sus talones y se retorció entre las garras extendidas y escuchó el ansioso revuelo de la multitud cuando se agazapó y se tensó para saltar.

Los dos chocaron con el estremecedor sonido de los huesos al romperse. Los más impresionables entre los testigos relatarían después que habían escuchado un sonido similar al restallar de un martillo de plata que cayera sobre un yunque.

Aeric yacía inerte, despatarrado por completo sobre el suelo de la Casa de Hielo, como si estuviese muerto.

El cordón de espectadores se sentía demasiado sobrecogido como para abalanzarse sobre el retador caído. La rabia depredadora los había abandonado como si de repente se hubiese roto bajo sus pies la costra que cubriese un lago congelado.

Sólo pudieron observar enmudecidos cómo el Guardián se arrodillaba sobre el cuerpo.

La colosal sombra de su pesar se alzó como si quisiera descargar el golpe final, antes de estremecerse. Volvió la cabeza para mirar su propio puño amenazador. Las garras se habían tornado difusas y nebulosas; el perfil de la mano había perdido definición, se disolvía en una fina niebla. La materia sombría se derritió y corrió como la tinta para cubrir con delicadeza el cuerpo del héroe caído.

Hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que alguien se moviera o respirase siquiera. Permanecían agazapados en silencio, con el hocico bajo, mudos y expectantes. El único sonido que rompía aquella quietud era el de la pena del Guardián la cual, una vez dada rienda suelta, no podía volver a contenerse. Acunó el cuerpo en sus brazos como si se tratase del de su propio hijo. Tras enderezarse, les volvió la espalda y buscó refugio en los recovecos más oscuros de la Casa de Hielo.

Fueron muchos los que vagaron por las inmediaciones sin propósito definido durante un rato más, faltos de venganza y propósito, sumidos en privadas cavilaciones acerca del ambiguo milagro que habían tenido la oportunidad de presenciar. Cuando llegaron Sören y la Jarlsdottir, los encontraron aún allí y los dispersaron de vuelta a sus aposentos. Nadie parecía demasiado dispuesto a dar cuenta de lo que había transpirado.

Capítulo ocho



Ante el sonido de las fuertes pisadas en la escalera, Grita Caos inhaló para sobreponerse, se incorporó cuan alto era y se encaminó dispuesto a interceptar a su ejecutor. Mephi sacudió la cabeza ante la determinación del acogido de enfrentarse allí a la muerte, por voluntad propia, en su hogar adoptivo. Maldiciéndose a sí mismo por estúpido, caminó al lado de Grita Caos, permaneciendo un paso por detrás de él, presentando un frente unido.

Mephi se encontraba dispuesto a enfrentarse a la aparición de un enfurecido guerrero Fenrir, a la matanza, al derramamiento de sangre. Sintió un fugaz alivio por el hecho de que resultase obvio que sólo había una persona en la escalera. Entre los dos, el acogido y él podrían albergar alguna esperanza de reducir a un adversario solitario. Puede que al enfrentarse a la realidad de lo que sus vecinos adoptivos le deparaban, Grita Caos recuperaría el juicio, aceptase la ayuda de Mephi y accediera a huir de aquel sitio.

Lo que no se esperaba era al Guardián, taciturno, humillado, y portando un cuerpo en sus brazos.

Tras llegar al pie de la escalera, el Guardián les dedicó una mirada de curiosidad. Aunque profundamente absorto en sus pensamientos, no se le escapaba que había algo que no encajaba, aunque su mente se encontraba demasiado embotada como para precisarlo en aquellos momentos.

—Tenías visitas —dijo, dirigiéndose a Grita Caos—. Las he echado. —Se fijó en Mephi y su expresión se endureció; la niebla comenzaba a disiparse ante sus ojos.

Mephi mostró las palmas como si quisiera asegurarse de que el Guardián veía que tenía las garras enfundadas y que no portaba armas. Retrocedió un paso y realizó una reverencia.

—Ya veo que, después de todo, mi presencia aquí no es necesaria. Sólo quería avisar al acogido de que tenía invitados. De haber sabido que ibais a interceptarlos *en route*, me hubiese ahorrado el viaje. —Apoyó una mano en el hombro de Grita Caos, en ademán tranquilizador—. Ya te dejo. Si quieres hablar, llámame. Andaré por los alrededores.

Sin volver la vista atrás, a la pared de hielo, Mephi salió de la estancia por medios más mundanos, tras rodear con cautela la mole del Guardián y subir por las escaleras.

—Gracias, Mephi Más veloz que la Muerte —se despidió Grita Caos. El aludido se giró a medio camino.

—¿Por qué? Si no he hecho nada.

—Por esperar conmigo.

Mephi asintió con la cabeza.

—Correr, esperar, al final es lo mismo. Aunque no te envidio la espera. Volveré.

Mientras Mephi se marchaba, el Guardián posó el cuerpo sobre la cama plegable de Grita Caos.

—Aún podría haber vida en él —dijo, por encima del hombro—. Pero, si la hay, no consigo llegar hasta ella. Ocúpate de él.

—Pero, Guardián, yo no soy curandero. Y, a menos que no me haya enterado bien de lo que ocurre, no creo que pueda atenderlo durante demasiado...

El Guardián se dio la vuelta y lo escrutó en busca de alguna señal de burla o desafío. Satisfecho, gruñó:

—No podía abandonarlo a la chusma, lo habrían destrozado. No podría haber dado más de diez pasos por la aldea antes de que se me echaran encima. Éste es el único lugar.

—No lo comprendo. ¿Por qué ibais a confiarme su vida? Quieren matarme. Tú quieres matarme, según lo que me ha contado Oksana. ¿Por qué crees que no me limitaría a dejarlo morir?

El Guardián se enderezó y se encogió de hombros.

—Vas a morir, cachorro, por la muerte de mi hijo. De eso no tengas miedo. Pero morirás en el momento y el lugar adecuados. Te quedan tres noches. Hoy he combatido, y podría haber asesinado, a uno de nuestros mejores guerreros a fin de que puedas vivir para ver esa noche. ¿No lo entiendes?

Un escalofrío recorrió la columna de Grita Caos. Sólo consiguió asentir con la cabeza.

—Hasta que llegue esa hora, no saldrás de esta casa. Éste no es el veredicto de la Jarlsdottir, ni de la manada, sino que lo digo yo. Haré lo que sea preciso para librarte de cualquier peligro hasta que se te haya juzgado como es debido. ¿Esto también lo comprendes?

Grita Caos recuperó el habla.

—Sí, Guardián.

—Por medio de este dictado, te he privado de tus quehaceres. Lo sé. Por eso te ofrezco esta oportunidad. —Señaló al cuerpo inerte—. Si logras devolverle la vida, habrás hecho algo útil con el poco tiempo que te queda. Habrás devuelto a la manada a un de los suyos, y a Gaia a uno de sus campeones. Si no lo consigues, tus

esfuerzos no serán más que una conversación entre dos cadáveres. Un susurro entre dos calaveras. No se habrá perdido nada.

Grita Caos guardó silencio por unos instantes.

—Gracias, Guardián. Haré honor al regalo que me hacéis. Si aún queda algo de vida en su interior, Gaia tendrá a su campeón.

Capítulo nueve



Cae la noche sobre el témpano de hielo. Procedente del oeste, en la dirección de la Colina de las Lamentaciones, el rasgar de unas cuerdas en el aire. La música de los puentes lunares.

El cielo entero refulgía con la luz de una docena de lunas. Agudas esquivas de luz selénica surcaban el firmamento. Cada resplandeciente sendero lunar parecía brotar de la cima de la Colina, como si pudiera atrapar alguno de aquellos orbes argénteos entre sus fauces. Una fanfarria de luces que haría empalidecer a la aurora boreal se perdía en la noche del cielo, profiriendo su aullido triunfal a modo de negación de las vastas e impersonales distancias interestelares. Instando a los pueblos a reunirse, llamándolos a casa.

Mas no era el juego de luces lo que cautivaba la atención, sino la canción. Con sólo escuchar la música, Sören pareció quitarse diez años de encima. Su pulso y sus pasos se aceleraron a modo de respuesta. Los puentes lunares cantaban, no para los oídos, sino para algo más primitivo que habitaba en el pecho de todos los Garou. La música despertó ecos en el interior de las cámaras

secretas de la tierra, voló a través de la oquedad de los huesos, se apoderó del espíritu del mismo modo que una fuerte ráfaga de viento agarraría una hoja en otoño, enviándola a volar por los aires.

La canción apelaba a la faceta mística de los Garou, la cortejaba, la halagaba. Era un imperativo, una invitación a correr, a saltar, a bailar. Aquellos que se abandonaban a la comunión de aquella canción danzaban, literalmente, entre los mundos. Perseguían trochas en la Umbra, cruzaban las enormes distancias que separaban a las manadas en una sola noche.

Aún más lejos, en la Casa del Vuelo de Lanza, tenía lugar una conmoción bien distinta; el sonido de las voces se alzaba en acalorado debate. No fue sino muy a su pesar que Sören se volvió hacia aquella cacofonía.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. ¡Es una blasfemia! Los Garou no matan a otros Garou. —Oksana pronunció esa frase con tono solemne, como si estuviese recitando alguna antigua escritura o letanía. Incluso pese a encontrarse incorporada cuan alta era, se la veía menuda y desvalida en medio de la concurrencia de inmensos guerreros Fenrir sentados a la Alta Mesa.

El salón se quejaba bajo el peso de las improvisadas y toscas mesas. Se elevaban montañas de comida de las tablas y ríos de bebida trasegaban su camino desde lo alto. Los largos bancos se encontraban atestados. Sören vio cómo uno de los dignatarios visitantes rescataba con maña su plato, peligrosamente inclinado, de debajo del codo de un vecino. Vio cómo otro afanaba un puñado de costillas con algo menos de gracia y algo más de riesgo para la vajilla. La reyerta resultante parecía controlada, así que Sören siguió avanzando hacia la Alta Mesa, tomando nota mental de que los muchachos tendrían que remendar unos cuantos bancos de re-puesto como medida de seguridad contra situaciones semejantes.

Con todo lo abarrotado que se encontraba el salón, gran parte de la asamblea se había visto obligada a ocupar los jardines. El enjambre de Garou que pululaba por el Aeld Baile sin duda repercutiría de forma positiva en la longevidad del mobiliario pero, si la concurrencia se ponía nerviosa, siempre cabría la amenaza de posibles daños estructurales en las casas circundantes.

Sören intentó calcular el número total de Garou presentes, en vano. Debía de haber al menos seis decenas sólo en el interior de la Casa del Vuelo de Lanza, sin contar el tropel suelto por el Aeld Baile. Ni siquiera osaba intentar adivinar cuántos se encontraban presentes, pero se habían abstenido de acercarse demasiado al poblado. Algunos primos se encontraban más a gusto en la profundidad de las primordiales tierras boscosas que a la mesa de cualquier jarl. Incluso en medio del clamor del salón, Sören podía distinguir los aullidos distantes de sus cacerías y sus pasatiempos; los de aquellos que preferían la comunión de la noche a otras diversiones más civilizadas.

Y ésta es sólo la primera noche de la asamblea, pensó el maese Hospitalero, apesadumbrado. El rasgar de los puentes lunares duraría toda la noche, y resultaba imposible vaticinar cuántos invitados podrían añadirse antes de la salida del sol.

Fue la voz de Jotun Tres Naves la que sacó a Sören de sus cavilaciones. Tres Naves, jarl del Clan de las Cruces Saqueadas, ostentaba la reputación, ganada a pulso, de constituir el desvalijador más rapaz de toda la banda de guerra Fenrir. Rara vez solía encontrarse entre las cómodas paredes de su salón, aun cuando las heladas hacían presa en su flota de guerra y obligaban a sus embarcaciones a mantener echado el ancla.

La mayoría de las excursiones de Tres Naves al Clan de la Forja del Klaive, no obstante, habían estado marcadas por su talante pacífico. El Antiguo Jarl, el padre de Karin, se había

mostrado magnánimo y había perdonado las escasas ocasiones en que no lo habían sido. Ambos veteranos canosos se sentaban siempre el uno al lado del otro como iguales y hermanos de leche en aquel salón. De acuerdo con esto, Tres Naves era uno de los pocos presentes con permiso para portar armas dentro de la Casa del Vuelo de Lanza. Su inmensa hacha de dos filos yacía ante él sobre la mesa, con su reluciente hoja de plata. De su mango pendía no una tosca tira de cuero, sino una cinta de color rosa, raída y descolorida. El favor de alguna dama en tiempos ya olvidados.

Se puso en pie, empuñando un pedazo de carne de venado arrancada del orgulloso dueño de las dieciocho puntas de Thijs. La cabeza de aquel magnífico espécimen dominaba el centro de la Alta Mesa. Tres Naves habló enmarcado por la horquilla de las astas, dirigiéndose a Oksana.

—Bonitas palabras, hija de las sombras. Pero ¿dónde estaban tus ardientes ideales cuando tu pueblo traicionó a mi hermano de leche para que muriera? ¿Dónde estaba tu buen consejo? No intentes darnos lecciones en nuestro propio salón. La sangre llama a la sangre. El acogido ha perdido el derecho a vivir. Morirá.

Sören dio un paso atrás, esquivando apenas el banco que se daba la vuelta. Por toda la estancia, la gente se puso en pie de un salto, martilleó con sus cuernos de bebida y hundía a sus vecinos a gritos. Los más ambiciosos se afanaban por conseguir las tres cosas a la vez.

Oksana se mantuvo firme y capeó el temporal. Cuando lo más ferviente del clamor se hubo reducido a un mero rugido, habló.

—¿Así es como se comportan los orgullosos Fenrir? ¿Los Garou asesinan a sus cachorros? ¿Devoran a sus crías? Así es como actúa el Wyrn. El Devorador se regocija al ver cómo su

antiguo enemigo, los poderosos Fenrir, se sumen en esta locura desesperada y autodestructiva.

Algunos de los que se encontraban más cerca hicieron ademán de ponerle la mano encima por su afrenta, pero el Guardián se puso de inmediato en pie y entre ellos.

—Atrás —gruñó—. Oksana Yahnivna es la huésped de la Jarlsdottir. No le pondréis la mano encima en este salón. —Hizo una pausa lo bastante larga como para percatarse de cómo Oksana se encrespaba ante aquel rescate no solicitado, antes de continuar—: Si persistís, no me interpondré entre vosotros y su cólera. La vergüenza se abatirá sobre vosotros por partida doble: una por vuestra presunción y otra por la azotaina que recibiréis a sus manos.

Oksana se mordió la lengua para no soltar una réplica acalorada y se obligó a mantener la compostura mientras sus antagonistas, entre gruñidos, volvían a ocupar sus asientos.

El Guardián permaneció en pie. Empleó un tono informal, apaciguador.

—Ninguno de los presentes cuestiona vuestra familiaridad, ni la de vuestra manada, con las costumbres del Wyrn, Oksana Yahnivna.

Sus palabras fueron repetidas por toda la sala, acompañadas de risotadas y una gran algarabía de manotazos y jarras aporreando las mesas. Antes de que Oksana tuviese tiempo de replicar, continuó:

—Pero debéis, a cambio, aceptar nuestra autoridad en lo que a las costumbres de los Fenrir se refiere. La sangre llama a la sangre. Os devolveremos a vuestro acogido, eso no lo dudéis. Los Fenrir hacen honor a su palabra y saldan sus deudas con creces. Le llevaréis a Sergiy Pisa la Mañana el cuerpo del hijo de su hermana, del mismo modo que vos nos trajisteis el cuerpo de mi hijo.

—«Esto es una locura! —protestó Oksana—. Arne murió como un héroe, en honorable combate contra el Wyrn. Su sangre no mancha las manos del pueblo del Clan del Alba. Vivimos con Arne Ruina del Wyrn, luchamos junto a él. Compartimos vuestra pérdida y vuestro dolor por nuestro amigo fallecido. —Oksana hablaba casi a voz en grito, a fin de hacerse escuchar por encima del alboroto—. El que haya un precio de la sangre que pagar, de eso no cabe duda...

Ante aquellas palabras, se oyeron improperios aislados de: «¡Ya lo veis!» y «¡Lo admite, son sus propias palabras!» y «¡La sangre llama a la sangre!», pero la concurrencia se apaciguó para escuchar lo que iba a decir.

—Sí, hay un precio de la sangre que saldar, pero son los esbirros del Wyrn los que deben pagar el *wergild*. He solicitado la opinión de Pisa la Mañana al respecto y éste ha nombrado a diez de nuestros más feroces guerreros para que combatan hombro con hombro con los Fenrir que vayan a ejecutar esta venganza. Algunos de los presentes habréis oído hablar del Garrote de Gaia y de sus victorias entre las cavernas de los fuegos fatuos. Sabéis que no son falsas promesas.

Al escuchar aquel nombre, un murmullo renovado atravesó la asamblea. Conocían las historias, desde luego, acerca del brazo guerrero de los por lo general amantes de la paz Hijos de Gaia. Los relatos de aquellos feroces halcones en el seno del palomar solían contarse entre susurros por los Hijos, quienes consideraban tales métodos expeditivos empleados a la hora de resolver los problemas casi como algo de lo que avergonzarse. Oksana sabía que, entre los Fenrir, las cosas se verían de otro color.

Transcurrió algún tiempo antes de que una voz se elevase por encima de la multitud.

—¿Dónde están estos feroces guerreros? —quiso saber Tres Naves, escéptico, ganando confianza a medida que su pregunta era repetida por otros desde la muchedumbre—. ¿Por qué no han venido para ofrecerse ellos en persona, bajo sus propios juramentos? ¿Por qué no dan la cara para honrar a nuestros muertos? ¿Por qué no se enfrentan a nosotros en justa lid, a fin de que podamos sopesar su temple y atestiguar que estas historias son ciertas? A todo esto, ¿dónde está Pisa la Mañana? Lo que está claro es que no le supone ningún honor mantenerse escondido bajo las faldas de sus mujeres cuando puede escucharse el rugir de la guerra.

—La palabra de Oksana Yahnivna no se pone en duda. —La nueva voz sonaba calmada, pero denotaba el inconfundible deje de la autoridad. Todos los ojos se giraron hacia la figura sentada a la diestra de la Jarlsdottir. Un hombre imponente cuyo semblante parecía cincelado en una ladera escarpada por la descarga de un relámpago, de lustrosa melena de cabellos blancos como la plata. Los arcos de su armadura relucían con un fulgor entre dorado y rojizo; sus armas, con la plata más pura. Nadie osaría cuestionar el derecho del margrave Yuri Konietzko a portar armas dentro del salón. Pocos eran los que lograban siquiera imaginárselo sin ellas. Formaban parte esencial del hombre.

El margrave parecía sentirse como en casa en medio de los Fenrir curtidos por la batalla y sus áridas tierras norteñas. No le resultaban ajenos los peores estragos de la naturaleza ni del campo de batalla. Aunque podría haberse encontrado igual de cómodo rodeado por la exuberante decadencia de las Cortes Sombrías. Era un hombre nacido para liderar; para él, tanto el campamento de armas como el palacio eran meros telones de foro sobre los que reflejar y magnificar su presencia física. Sabía cómo ganarse la atención de una sala.

—Tampoco la palabra de Pisa la Mañana —continuó el margrave—. El cual, tengo entendido, se reunirá con nosotros en breve. —Miró a Oksana y ésta asintió con la cabeza a modo de confirmación. Pisa la Mañana habría estado presente desde el principio, de no ser porque Oksana le había aconsejado paciencia y cautela. Se había temido que el brusco guerrero de los Hijos y su prometido contingente de tropas, al llegar *en masse*, pudieran prender la mecha de aquel polvorín político.

El margrave prosiguió:

—El Clan del Alba se ha ofrecido a pagar este precio de la sangre. Ha prometido las vidas de diez de sus mejores guerreros a cambio de la que se ha perdido. Me parece un gesto conciliador y hecho con el corazón, motivado, no porque sean responsables de la muerte de Ruina del Wyrn, sino porque creo que le respetaban y sentían afecto por él. Se libran batallas en estos mismos momentos, batallas críticas, donde una fuerza de esas características podría significar la diferencia entre la victoria y ver cómo cae, saquean y profanan otro túmulo. Sabed que en este salón hay quienes os envidian tal oferta. Con diez de esos guerreros podría salvar las vidas de cuatro decenas de Garou que de lo contrario habrán fallecido antes del Primer Deshielo.

Aquello no eran vanas palabras. A ninguna de las almas congregateadas en el salón se le escapó la verdad y la fatalidad que entrañaban. *Ya los da por perdidos*, pensó Sören. *Cada hora que pasa despierto se ve rodeado por los cadáveres*. Sören podía imaginarse al margrave paseando por su campamento en silencio, apoyando una mano en un hombro por aquí, confiando una palabra de apoyo por allá; contando un chiste, interesándose por la familia de alguien, compartiendo un bocado. Vertía su fuerza sobre ellos, sus muertos, sabiendo que ya los había perdido. Los

agotaba, los obligaba a recorrer enormes distancias, y los conducía entre aullidos a los colmillos del enemigo.

Y veía cómo morían. Una y otra vez.

Incluso la estrategia más brillante, la victoria más decisiva se conseguía tan sólo a un alto precio. Puede que cuando hubiese vencido el día y se hubiese levantado el campamento, sólo hubiese un guerrero menos entre ellos. Pero el margrave sabía que aquel era un guerrero menos para Gaia en la Última Batalla. Un guerrero que no podría ser reemplazado.

Todos los héroes que combatirían en esa Última Batalla habían nacido ya.

No habría nuevos cachorros, ni nuevos campeones de Gaia. Los Garou libraban una batalla que no podían ganar, una batalla de desgaste inevitable. El margrave lo sabía; era algo con lo que tenía que vivir día a día. Cada vez que dirigía a sus hombres a la batalla, era plenamente consciente de que mermaba sus oportunidades de vencer en la próxima. Y en la próxima. Y en la próxima.

Cuando cerraba los ojos, siempre soñaba lo mismo. Se encontraba en medio de un gran campo de batalla, solo. Las moscas zumbaban furiosas a su alrededor. Podía escuchar los gemidos de los moribundos, oler el hedor de la sangre secándose al sol. Una inmensa tristeza lo embargaba y sus ojos ardían por culpa de las lágrimas y la vergüenza. No por sus camaradas caídos. No por la batalla que se había perdido. Sino porque llevaba luchando durante demasiado tiempo, y ahora no quedaba nadie a quien proteger.

Debía conservarse hasta la última mano que pudiese descargar un golpe contra el Wyrm.

—Le agradecemos a Pisa la Mañana y al Clan del Alba su generoso regalo en memoria de nuestro hermano fallecido. —Fue la

voz de Karin la que rompió el ominoso silencio. El Guardián se puso en pie para protestar, pero la mujer alzó una mano y lo detuvo en seco—. Me inclino a concordar con el margrave en su interpretación de este gesto. No es un pago, sino un regalo, otorgado por libre voluntad, para honrar a nuestro hermano de leche caído. Lo acepto como tal.

—¿Y qué hay del precio de la sangre? ¿Qué hay de la afrenta cometida contra mí y mi linaje? —La voz del Guardián era un aullido de indignación—. ¿De qué me sirven a mí estos guerreros de Gaia?

—Aún hemos de tratar ese punto —repuso Karin, serena—. Pero no quiero volver a oír hablar de venganza esta noche. Esta noche nos hemos reunido para honrar a nuestros muertos. Escucharemos la vida de Arne, sus hazañas y su muerte. Entre los presentes se cuentan quienes pueden atestiguar las tres. Cuando haya descendido al vientre de Gaia, quizás vuelva a oír hablar del precio de la sangre, pero no antes.

El Guardián profirió un sordo gruñido y, tras descargar su copa sobre la mesa, abandonó el salón como una exhalación. La multitud se apartó para dejarle paso.

—Ahí estás, Sören —dijo Karin, tras descubrir al Hospitalero—. Cuéntanos una historia, anciano. Una historia de la feroz banda de guerra de los Fenrir. Ya hemos tenido bastantes contiendas por esta noche, necesito urgentemente algo de diversión.

Se escuchó un murmullo diseminado por toda la estancia, pero los antagonistas volvieron a sus asientos a regañadientes. Ya habría tiempo de dejar las cosas en su sitio antes de que la asamblea tocara a su fin. Afuera, al aire libre, bajo el ojo vigilante de Luna.

Sören esbozó una sonrisa.

—Veo muchas caras nuevas entre nosotros esta noche, huéspedes de este salón. Me parece justo que aprendan algo acerca de nosotros y de cómo llegamos hasta aquí, mientras disfrutan de su comida. La Casa del Vuelo de Lanza —comenzó Sören.

Capítulo diez



Era la época de la crecida, cuando el Martillazo carga con las enormes y aserradas hojas de hielo sobre su espalda, desde las montañas del Puño. Todavía puedo verlos, a los cachorros, dando brinco y patinando de un bloque de hielo al siguiente, intentando mostrarse ágiles y temerarios, hasta el último de ellos. Intentando superar a sus camaradas, todos ellos.

Ahora bien, nunca pasa un solo año sin que algún joven lobezno meta la pata hasta el tobillo en el agua. Aunque pocos lo han conseguido con tanta determinación y de forma tan dramática como nuestro Arne Brandson. Con qué heroísmo luchó al verse atrapado. Con tanto ímpetu, de hecho, que consiguió darle la vuelta al témpano de hielo. Fue arrastrado cinco kilómetros río abajo, por lo menos. Boca abajo, pataleando, soltando espumarajos por la boca y desgañitándose sin cesar hasta que consiguió abrirse paso a fuerza de garras hasta la orilla. El muy pillito volvió a las andadas al día siguiente, sin importarle su tobillo roto.

Aquella semana tuvimos que pescarlo en tres ocasiones. Y habrían sido más de no haber intervenido el calor inusitado en

aquella estación. Su padre hizo todo lo posible por enderezar al muchacho. Incluso llegó a amenazar con atarle el ancla de un bote a la espalda cada vez que saliera de casa, pero no había nada capaz de alejarlo de sus ambiciones acrobáticas.

La última vez, costó el sudor de un guerrero sacarlo del Martillazo. Al final, fue Susurra a las Brasas el que consiguió liberar al cachorro.



—Y hasta el día de hoy —intervino una voz jovial desde la vecindad del fuego—, el Guardián me guarda rencor por haberle perdido su ancla.

Sören rió con el resto y se volvió hacia el Guardián Este sacudió la cabeza y dijo en voz muy baja:

—Era un buen ancla. —Se notaba, sin embargo, que se encontraba absorto en sus propios recuerdos.

—Aquel fue el año de la Nieve Negra —continuó Sören—. Cuando los estertores del Wyrn se filtraron por la montaña y ésta eructó una nube de aliento nocivo que empañó incluso al soldador de vida, alfombrando la tierra con un sudario de noches y cenizas. Muchos de los aquí congregados recordaréis aquellas noches sin estrellas y podéis atestiguar si esto que digo es o no es verdad.

Hubo un murmullo de asentimiento que envolvió a la sala. Alguien encajó otra copa entre las manos del narrador.



En aquella estación, la Jarlsdottir tenía seis años y su cumpleaños se encontraba a la vuelta de la esquina. Lo que ocurrió fue que ahí nos encontramos a esa cría de casi siete años, de pie con los brazos en jarras en medio del clamor del salón de su padre. La banda de guerra de los Fenrir se apiñaba a su alrededor... casi igual que esta noche. Intercambiando bravuconadas y puñetazos sobrecogedores. Jugando a los dados, saciando su sed, tramando planes para las empresas más arriesgadas entre los círculos mojados que dejaban sus jarras sobre la mesa.

Al ver a su hija, el Antiguo Jarl la llamó para averiguar por qué se encaraba con tanta determinación a la poderosa asamblea de su banda de guerra.

—Tu banda de guerra —le respondió ella sin perder tiempo—, no son más que unos alborotadores. Ni siquiera puedo escuchar lo que dice Brynhilde Cabello de Plata con tantas fanfarronadas. —Al oír aquello, algunos de los guerreros más próximos rieron con ganas y otros se inclinaron hacia delante para averiguar por qué la pequeña invocaba el nombre de la Doncella del Escudo.

—¿Puede oír la voz de la valquiria? —le preguntó Cnute Rasga Calzones a su vecino—. Dinos, niña, ¿qué te dice la Doncella Guerrera?

—Me dice que el jaleo de este salón le da dolor de cabeza —respondió la Jarlsdottir—. Dice que deberíamos dedicarnos al comadreo y al verduleo. ¿Qué es verdular?

La sala del jarl se llenó de sonoras carcajadas al escuchar aquella pregunta. Tres Naves, sentado a la diestra del Antiguo Jarl, se inclinó para inquirir con un susurro:

—Esta chiquilla, ¿no hablará de verdad con la valquiria?

—Claro que sí —repuso el Antiguo Jarl, en el mismo tono conspirador—. A veces habla con Fenrisulfer en persona, e incluso con el que Camina al Final de los Días.

Tres Naves abrió los ojos de par en par.

—¿Y le responden? ¡Por los poderes! Esta cría tuya, será una voz de peso para nuestro pueblo. Vaya, pero si no tenemos a un Susurrahuesos entre nosotros desde...

—Son sus muñecas —confesó el Antiguo Jarl, con un guiño.

A Tres Naves se le pusieron las orejas como dos tomates, antes de proferir en carcajadas.

—¡Bah! Te corre sangre de liebre por las venas, Piedra de los Tres Días. ¿Cómo no voy a prohibirle a mi gente que comercie, se pelee o insulte siquiera al Clan de la Forja del Klaive? No hay honor en perder el tiempo de ese modo. Habríamos quemado vuestras casas hasta los cimientos hace años si no fuese porque, al regresar a nuestros hogares, estoy seguro de que os encontraría cómodamente instalados frente a nuestras chimeneas. Bueno, veamos si es cierto eso de que de tal palo tal astilla. —Dicho lo cual, llamó a la Jarlsdottir—. Ven aquí, niña, donde yo te pueda ver. Así está bien. ¿Así que el ruido de los guerreros de tu padre os ofende los oídos a ti y a la Brynhilde?

La muchacha inclinó la cabeza, como si acabara de darse cuenta de que podría haber ofendido al huésped de su padre. Pero, espiando entre los mechones de su cabello, vio cómo le guiñaba un ojo.

—Sí, señor —continuó con renovada determinación—. Por mi vida que no consigo escuchar ni lo que quiere para merendar.

Tres Naves, haciendo caso omiso del clamor general que produjo aquella frase, asintió con gesto sagaz.

—Vaya, pero eso es imperdonable. Si me concedes el honor de ser tu campeón, pondré fin a este desorden de inmediato.

La Jarlsdottir parecía nerviosa y algo más que azorada. Pero irguió la barbilla y se dirigió hacia él a largas zancadas. Allí de pie frente a aquel gigantesco guerrero, parecía diminuta. Con gesto

solemne, desató la cinta rosa de lo que algún día habría de convertirse en su trenza de guerrera. Libre, la melena se derramó sobre sus hombros.

—Es la primera vez que tengo un campeón —dijo con voz queda, sin atreverse a mirarlo a los ojos. Dubitativa, posó la cinta sobre la enorme palma y le plegó los dedos sobre ella—. Dejo este asunto en tus manos, Jotun Tres Naves. Sé que no me dejarás en la estacada.

Algo en la emoción con la que había hablado, en la inocencia y confianza sin límites que había escuchado en ella, golpeó a Tres Naves igual que un mazazo. Prosiguió con sus exagerados aspavientos y su discurso grandilocuente, pero los que mejor le conocían podrían haberse dado cuenta de que se había producido un cambio sutil. Cuando apartó su silla de la mesa, estuvo a punto de volcarla. Hincó la rodilla ante ella. Con exagerada delicadeza, le cogió ambas manos a la criatura.

—Me honráis, mi dama. No os dejaré en la estacada.

Formaban una curiosa pareja, con las manos entrelazadas. El tosco y gigantesco saqueador entregado a su pantomima y la frágil muchacha que le dedicaba confiadas miradas de soslayo.

—Ante la puerta de este salón —dijo la Jarlsdottir—. Con la copa boca abajo sobre la nieve.

—¿Qué? —preguntó Tres Naves, meneando la cabeza como si estuviese recuperando el conocimiento muy poco a poco.

—Eso es lo que me ha dicho la Brynhilde. Cómo quiere el té. Ahora puedo escucharla. Gracias.

El salón se había sumido en un silencio absoluto. La Jarlsdottir ladeaba la cabeza como si escuchase una voz a lo lejos.

—Que su contenido se derrame y arda como la sangre. Y reza para que sólo visite la casa de tu enemigo esta noche.

Tres Naves se percató de que estaba tirando de él, intentando que se pusiera de pie.

—Vamos, y trae esa copa.

Se incorporó, sacudiendo la cabeza, y recogió su cuerno de bebida tal y como ella le había ordenado para llevárselo consigo hacia la puerta.

Entre risas ante la imagen de la diminuta chiquilla con el gigante tras sus talones, varios de los invitados los siguieron afuera hasta la nieve.

Cuando los bañó la luz de la luna, la Jarlsdottir cogió la copa de manos del atónito Tres Naves y la sostuvo sobre la cabeza con ambas manos. Cerró los ojos y en voz alta y clara recitó:

—Brynhilde, Doncella de Hielo y Tempestad de Garras, conservamos las viejas costumbres. Acuérdate de nosotros. Cuando te enfrentaste sola a los sesenta y tres fuimos la fuerza de tu brazo. Acuérdate de nosotros. Cuando sufriste las Doce Heridas Mortales y tu sangre llovió sobre la nieve, fuimos los hijos engendrados de cada gota. Acuérdate de nosotros. Cuando colgaron tu piel de las ramas del Árbol del Mundo, fuimos los que te lloraron y se refugiaron debajo de ti. Acuérdate de nosotros. Bendice esta sala, pero mantente alejada de ella. Que la mañana te encuentre bañada de rojo y saciada entre los hogares de nuestros enemigos.

Dicho lo cual, volcó la copa, derramando la libación sobre la nieve. A su alrededor, la enmudecida multitud de curiosos siguió su ejemplo, derramando copas, cuernos y jarras.

Tres Naves la observó atónito y se volvió hacia el Antiguo Jarl. Piedra de los Tres Días exhibía una amplia sonrisa.

—¡Vaya con las muñecas! —rezongó Tres Naves—. Esta chiquilla habla con los espíritus. Tu salón no es el lugar adecuado para las compañías que frecuenta. Vas a dejar que le haga un

regalo y no quiero escuchar ni una sola objeción. Tú mismo me has dicho que pronto será su cumpleaños. Quiero construirle una casa para sus muñecas.

El Antiguo Jarl profirió un poderoso gruñido. Conocía de sobra los excesos de Tres Naves.

—No. Si te diera permiso para hacerlo, cogerías a todos mis guerreros y les ordenarías que fuesen a buscar clavos, botes de pintura y muebles en miniatura. No me quedaría ni un solo cazador con el que dar de comer a mi pueblo.

Tres Naves hizo caso omiso de aquellas preocupaciones.

—Entonces, traeré a mis propios artesanos. Ya he visto antes cómo intentan empuñar un cuchillo tus guerreros. Resulta entretenido, pero rara vez eficaz.

—No, gracias —repuso el Antiguo Jarl, con más firmeza—. ¿Te crees que ya se me ha olvidado? ¿Cuándo fue? En algún aniversario, cuando esa horda rabiosa que tienes a tus órdenes se nos echó encima de tal modo que no pudo quedar ni un solo canalla para custodiar los supuestos tesoros del Clan de las Cruces Saqueadas. Creo que no conseguimos librarnos de ellos hasta la siguiente luna llena.

—Aquello fue la embarcación funeraria de tu padre... como sin duda recuerdas —bufó Tres Naves—. Aquí estamos hablando de una simple casa de muñecas.

El Anciano Jarl exhaló un suspiro y se volvió hacia su hija.

—En fin, ¿y tú qué dices? Esta vieja comadreja quiere hacerte un regalo. Lo más probable es que tardemos un año en librarnos de él y de su banda de piratas, pero si tú respondes por ellos durante su estancia, daré mi consentimiento.

La Jarlsdottir se ruborizó y clavó los ojos en las punteras de sus zapatos.

—Me honráis, Jotun Tres Naves. Sé que vuestros hombres nunca harían nada para avergonzarme mientras os quedéis aquí. Os agradezco vuestro regalo.

Tres Naves ya se había puesto en pie y dio una palmada que restalló como el trueno.

—Ya has oído a tu hija, viejo cabrito! Una casa de muñecas es lo que va a tener. ¡Menuda casa! —Comenzó a agrupar a sus fuerzas. En cuestión de minutos, sus guerreros y los del Antiguo Jarl partían raudos del salón en varias misiones de rapiña. Piedra de los Tres Días elevó las manos al cielo en señal de exasperación.

Al día siguiente, el Antiguo Jarl consiguió arrinconar a Tres Naves en el lugar que había designado para la construcción.

—Dijiste una casa de muñecas. Aquí hay madera suficiente como para levantar un pueblo.

—Algunos de tus cachorros se dejaron llevar por el entusiasmo. Pero no importa. Es un buen principio, ¿no te parece?

—No. Es demasiado grande. Dijiste una casa de muñecas. —Extendió los brazos para abarcar un espacio de casi un metro cuadrado.

—Es un regalo —repuso Tres Naves, con gesto dolido—. Lo que está claro es que no le voy a dar a tu hija una casucha diminuta. ¿Qué diría la gente?

La Jarlsdottir, que había estado dirigiendo al equipo de leñadores de regreso al poblado, se les unió.

—Que no sea mayor que la envergadura de su brazo —sentenció el Antiguo Jarl, lacónico.

Tres Naves se volvió hacia la Jarlsdottir con expresión suplicante.

—¿No puedes hacer algo con este hombre? Primero da su permiso y luego pretende retractarse.

—No me retracto de nada, lo que digo...

—Bueno, muy bien, hasta donde alcance su lanza —dijo Tres Naves—. Llegará hasta donde llegue su lanza. ¡Hay que ver, escatimarle a una chiquilla una simple casa de muñecas!

—De acuerdo! Lo que mida su lanza, nada más. Y quiero que apiles el resto de esta madera cerca del Gran Salón. Puede que el crudo invierno se adelante y podamos quemar una pequeña parte de ella antes del Primer Deshielo.

Tres Naves no le hacía caso.

—Corre y ve a coger tu lanza —le dijo a la Jarlsdottir—. Date prisa, antes de que el tacaño éste encuentre algo más que objetar, como el color de las cortinas.

La Jarlsdottir sonreía de oreja a oreja mientras recogía su lanza de su escondrijo tras la pila de troncos. Con el extremo sin punta, trazó una raya en la tierra y anduvo de puntillas hasta ella. Se quedó muy quieta, con los ojos entrecerrados, fijos en la lejanía. Echó el brazo hacia atrás y lanzó.

El proyectil ganó velocidad, con fuerza y equilibrio. Una breve sacudida señaló el lugar donde aterrizó.

—¡Así se hace, muchacha! —rió Tres Naves—. Buen lanzamiento, a ver cuánto mide. —Fueron juntos a desclavar la lanza. El Antiguo Jarl se apresuró a seguirlos.

Allí, clavada al suelo, vieron una liebre invernal.

Tres Naves palmeó la espalda del Antiguo Jarl.

—La niña tiene buen brazo. Vamos, no sirve de nada que te quedes ahí con la boca abierta. Espero que hayas terminado de retractarte por hoy.

Piedra de los Tres Días se quedó donde estaba, sacudiendo la cabeza, consciente de que lo habían derrotado.

Así fue cómo la Jarlsdottir consiguió su casa y la llamó la Casa del Vuelo de Lanza. Y Jotun Tres Naves y los suyos comieron como reyes por espacio de tres lunas llenas. Fue la única vez que

consiguió salirse con la suya delante de Piedra de los Tres Días, pero rara vez perdía ocasión de recordárselo.

Capítulo once



Mari se deslizó en silencio y sin ser vista fuera del Salón del Vuelo de Lanza. Victor Svorenko se había incorporado y comenzaba a relatar la historia de la muerte de Arne Ruina del Wyrm para la asamblea. La mujer, claro está, había recibido el resumen de los detalles relevantes de aquel acontecimiento antes de abandonar los Estados Unidos y no le apetecía en absoluto encontrarse en las inmediaciones cuando la historia tocase a su fin y la conversación girase en torno a Arkady.

Ya estaba demasiado familiarizada con Arkady y sus peligrosos flirteos con los esbirros del Wyrm. Durante la búsqueda de la Corona de Plata, había sido testigo de excepción de los frutos de aquella oscura obsesión. Al final, había apoyado a su compañero de manada, Albrecht, cuando éste dejó bien claro que Arkady ya no era bien recibido en su dominio.

Desconocía los motivos por los que Albrecht se había abstenido de emitir un juicio más severo, o incluso del derramamiento de sangre, en aquella ocasión. Tendría algo que ver con el delicado honor de los Colmillos Plateados, sin duda. Albrecht siempre

había salido mal parado de los fracasos de Arkady. Puestos a pensar en ello, todos salían mal parados. Una generación entera de nobles cachorros Colmillos Plateados había crecido a la sombra de Arkady. Era el mejor y el más brillante. Ni en una docena de generaciones se había demostrado el linaje tan puro como en Arkady. Aquello no era ningún secreto.

Su pelaje era de un blanco cegador, igual que la luz de la luna reflejada en la nieve. En sus asambleas, las canciones de los Colmillos lo proclamaban su mejor esperanza, el prometido líder guerrero que se enfrentaría al Wyrn en estas Noches Finales; el gobernante pronosticado que sacaría a los Colmillos Plateados de sus sueños de decadencia y asiría las riendas de la nación Garou; un salvador que redimiría su sangre.

Albrecht siempre había sido una especie de oveja negra, por lo que quizás comprendía mejor que nadie cómo el peso de las expectativas de su pueblo podía encorvar, o incluso romper, a un hombre. Resultaba difícil imaginar cómo se sentía en esos momentos. Ya no hablaban de Arkady, Albrecht y ella. Ni siquiera mencionaban su nombre, si es que podían evitarlo.

Mas, ante las últimas noticias, aquel era un tema que ya no se podía evitar.

—Tienes que ir —había dicho Mari—. Todos esperan que acudas. Todos han escuchado los rumores; quieren saber qué ocurrió en realidad entre vosotros dos.

—No pienso ir —había replicado Albrecht.

—Sabes que ahora no puedes volverle la espalda, que no existe redención posible. Arkady matará o traicionará a un túmulo, o forjará un pacto con los Danzantes de la Espiral Negra si cree que eso puede servir a sus fines. Ahora, por su culpa, un acogido Fenrir está muerto y se fragua una matanza entre la Camada y los Hijos de Gaia. Maldita sea, la Camada va a ejecutar a un acogido.

«Piensan ejecutarlo! Van a sacrificarlo en el altar de su honor! Y es el hombre equivocado... tú lo sabes. Debería ser Arkady el que muriese. Pienso ir a esa asamblea y decírselo a todos. Y tú vendrás conmigo.

—Ya te he dicho que no pienso ir —gruñó Albrecht—. Y te prohíbo que testifiques contra Arkady. No me haré responsable...

—¿Me lo *prohíbes*? —El tono de Mari dejaba bien claro que el hombre había ido demasiado lejos—. Me parece que olvidas con quién hablas. No soy una de tus lacayas. Si te has pensado siquiera por un minuto que sólo porque ahora seas Alto Rey del Vermont rural o como se diga no puedo correrte a patadas por todo el patio hasta que recuerdes quiénes son tus amigos, no podrías estar más equivocado.

—Este asunto no admite discusión —fue la tajante respuesta—. No quiero volver a ver a Arkady. Apenas conseguí refrenarme y no matarlo la última vez. No creo que pudiera lograrlo de nuevo.

Aquello enardeció a la mujer.

—Pero ¿quién te lo impide? Él te mataría a ti, eso lo sabes. Ya lo ha intentado. Vamos, ¿qué tal si te dejas de historias y me cuentas qué es lo ocurre entre vosotros dos?

Albrecht no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Escucha, Mari, no puedo prohibirte que acudas, pero no quiero que denuncies a Arkady. Irás allí y todas las miradas estarán puestas en ti, pero no serán tus palabras lo que escuchen. Agudizarán el oído para leer entre tus líneas lo que yo tengo que decir al respecto. Aun cuando apareciese allí en persona y les contase la verdad desnuda acerca de Arkady, lo que pensarían todos es que se trata de mera retórica para adornar otra enemistad heredada entre dos familias de los Colmillos Plateados. Si tú hablas en su contra será aún peor. Se convertirá en odio de sangre por poderes.

—No es así, Albrecht. Te respetan. Todos escucharán lo que tienes que decir.

—¿Ah, sí? Me pregunto yo si me escucharán cuando les diga que Arkady era el mejor de los nuestros, la encarnación de nuestra sangre. El resultado final de generaciones de nuestro orgulloso linaje. Nunca habrá otro como él, eso ya lo sabes. Tantas promesas, arruinadas. —Una sombra se cernió sobre su talante. Miró a través de Mari como si no pudiera verla—. Ya has visto al fruto de esta generación, Mari. Las monstruosidades nacidas en la oscuridad y encerradas en áticos y sótanos. No estás sorda, las oyes aullar detrás de las ventanas cegadas cuando la luna se oscurece. ¿Qué ocurriría si me dirigiese a las Tribus y les contase la verdad? Que nuestro pueblo se muere. Que todos los cachorros que han de combatir la Última Batalla ya han nacido. ¿Qué ocurriría si les dijese que al juzgar a Arkady están juzgándonos no sólo a mí, a mi tribu y a mis antepasados, sino a todos nosotros, a todas las tribus, a todos los antepasados? Arkady es la refutación de los Garou, ni más ni menos. De todo aquello por lo que hemos luchado, de todo lo que hemos conseguido. Si él ha sucumbido ante el Wyrn, ¿qué esperanza nos queda a los demás que no somos, ni seremos nunca, sus iguales?

En aquellas palabras, Mari había presentado el primer roce tentativo del Harano, el lento y profundo río de los pesares. Había apoyado un brazo sobre él y le había hablado con dulzura, con la esperanza de ayudarlo a regresar a la orilla.

Respetó sus deseos. No habló en contra de Arkady, sino que salió a hurtadillas del Salón del Vuelo de Lanza y encaminó sus pasos hacia la Colina de las Lamentaciones. Donde tenía una cita.

Capítulo doce



Mari se abrió paso a través de la multitud congregada en el Aeld Baile y se encaminó hacia la Colina de las Lamentaciones. Incluso desde aquella distancia, podía distinguir el fulgor que coronaba la colina, sobre cuya cima convergían una docena de vibrantes puentes lunares. En el punto de intersección, el Yunque de Tor restallaba como si cayera sobre él un coro resonante de martillazos, heraldos de cada nueva llegada.

Sören había dispuesto un reducido aunque determinado grupo de jóvenes Fenrir allá en lo alto para dar la bienvenida a los recién llegados y para hacer todo lo posible por encontrar alojamiento para todo el mundo. Aquellos lobeznos se encontraban henchidos de orgullo y dignidad por la responsabilidad depositada sobre ellos. Muchos de sus compañeros tendrían que contentarse con permanecer inmersos en la nieve hasta los muslos fuera de la Casa del Vuelo de Lanza, esforzándose por captar retazos de las historias, las canciones y las estrategias que titilaban hacia el exterior como lenguas de fuego cada vez que se abría la puerta.

Para ser justos, aquella labor no era sencilla. Mari estaba segura de que aquellos emplazados sobre la colina ya tendrían bastante de lo que preocuparse sin hacer observaciones acerca de otra paseante nocturna. Más tarde, cuando se pusiera la luna, la colina estaría atestada de gente venida a presentar sus respetos al héroe Fenrir caído, Arne Ruina del Wyrn. La tarea de Mari ya habría concluido para ese entonces. Se aprovecharía de la solenne reunión para fundirse de nuevo con la turba sin llamar la atención.

De no haberse encontrado su mente inmersa en asuntos tan secretos, habría pasado por alto el hecho de que, al superar la falda de la colina y acercarse al Martillazo, había adquirido una sombra.

Siguió adelante como si no se hubiese percatado de su silencioso perseguidor. No le quedó lugar a dudas. Se detenía cuando ella se detenía. Incluso en espacio abierto, se mantenía donde no pudiera verlo cada vez que Mari escrutaba a su alrededor como para asegurarse de que no se había perdido.

Si la presencia de aquella segunda cola desconcertaba a Mari, ésta no dio señales de ello. De hecho, sonreía, al escuchar la voz de Albrecht dentro de su cabeza, exasperada. *Casi tan útil como un segundo rabo*. Ésa era una de sus frases «regias» favoritas. Su compañero de manada, Evan, solía ser el aludido cada vez que se emitía aquel juicio despectivo; en aquellos tiempos en los que el lobezno aún intentaba encontrar su camino y, más a menudo que otra cosa, dicho camino lo conducía de cabeza a algún lío. Se sentía extraña cada vez que iba a algún sitio sin sus compañeros de manada, sobre todo ahora, a medio mundo de distancia. Era una especie de sentimiento que la dejaba vacía, hablando siempre para sí. Deseó que estuviesen allí.

Todo aquel asunto de Arkady y los acogidos podría encenderse y volverse feo de veras en cualquier momento. A tenor de la verdad, tenía todo el aspecto de ser una de esas situaciones en las que Evan los metía siempre sin saber cómo. También era, no por mera coincidencia, una de esas situaciones que ella había aprendido a desbaratar. Evan tenía el don de hermanar a las personas cuando hacía falta, de ver las diferencias desde otro ángulo.

Demonios, se sentiría mucho mejor sólo con que Albrecht estuviese allí ahora. Las situaciones políticas volátiles no eran su plato favorito pero, si se veía obligado, sabía cómo volverse aún más volátil que la raíz del problema. Aquello solía poner punto y final a cualquier asunto. De momento, no había visto señales de Arkady. Quizás ni siquiera fuese a aparecer. Puede que todas las objeciones de Albrecht carecieran de fundamento.

Una forma sombría se interpuso frente a ella, sobresaltándola y sacándola de sus cavilaciones. A modo de saludo, lanzó una potente patada giratoria contra su cabeza. Mari se agachó y consiguió esquivarla por los pelos, al tiempo que intentaba un barrido con su pierna, a fin de conseguir que su adversario perdiera el equilibrio. Distraída, no había tenido en cuenta la superficie helada y a punto estuvo de caer de espaldas en el momento del impacto. Logró mantener el equilibrio, aunque con una mano hundida hasta el antebrazo en la nieve poco compacta.

Reaccionó al instante, enderezándose y dando la vuelta para alejarse de donde se encontraba. Aquello demostró ser una buena idea. El feroz puntapié que podría haberle triturado la rodilla aterrizó sobre la parte blanda detrás de la articulación. Volvió a desplomarse, con un gruñido, aunque sin ningún hueso roto que lamentar.

Otro golpe, casi inmediato al anterior, silbó en dirección a su cabeza. Mari no hizo ademán de rodar para apartarse ni de

zafarse de la pierna. Levantó ambos brazos, casi a cámara lenta. Se juntaron por un brevísimo instante en el punto exacto donde interceptaron la patada, antes de separarse, casi sin esfuerzo, y desviar la fuerza del golpe al tiempo que disparaba a su adversario hacia atrás.

Éste apenas hubo dejado de patinar sobre la nieve cuando volvía a incorporarse de un salto. Una lluvia de puñetazos, más rápida que la vista, cayó sobre ella, todos ellos correspondidos por una tormenta de paradas y contragolpes. Mari sentía las manos y los antebrazos doloridos a causa del frío y los impactos. Intentó obligarse a respirar despacio y profundamente entre los dientes apretados. Cada exhalación lanzada al gélido aire se convertía en una nube que podría oscurecer la trayectoria del próximo ataque.

Era hora de terminar con aquello. De seguir así, los combatientes terminarían por llamar la atención de los que se encontraban en lo alto de la colina. Ser descubierta no formaba parte de los planes de Mari.

En lugar de bloquear el siguiente puñetazo, se abalanzó sobre él, apresando la muñeca de su oponente. Proyectó la mano libre hacia arriba en un golpe cegador capaz de romper la articulación. No llegó a conectarlo. Hubo un segundo manotazo de carne contra carne y ambos antagonistas quedaron firmemente enganchados, puño sobre muñeca.

—Peñas de pena en la nieve, Mari Cabrah —dijo una voz casi felina junto a la mejilla de Mari.

—Y tú eres igual de sigilosa que una locomotora, Kelonoke Greña Salvaje. Casi no podía verte envuelta en la niebla de vaho de tus resuellos. Además, ¿qué sabrás tú de nieve?

—Lo bastante como para no revolcarme en ella. **M**írate las manos, igual de rosadas y tiernas que las de un lobato recién nacido!

Mari no pudo evitar echar un vistazo. Sus manos seguían inmovilizadas entre sus rostros. Soltó una carcajada y aflojó su presa. Ambas se abrazaron.

—Cómo me alegro de verte —susurró Mari, antes de añadir, como si se le acabara de ocurrir—. Aunque pelees como un hombre.

La breve refriega se reanudó en medio de insultos y amenazas mascullados. Al final fue Mari la que solicitó una tregua con un áspero susurro.

—¡Basta! Si todavía no nos han descubierto con toda la nieve que estás levantando, no creo que tarden. Me cuesta creer que me hicieras venir hasta aquí sólo para que te diera una buena. ¿Qué es lo que ocurre? ¿A qué viene tanto misterio?

Greña Salvaje estudió el fulgor que coronaba la colina, con los ojos entrecerrados, antes de proferir un bufido desdeñoso.

—Ésos no han visto nada. Tampoco me extraña en medio de ese juego de luces. Pero nos apartaremos un poco si así te sientes mejor. Me alegra que hayas venido. Hemos llegado a un punto en el que no puedo salir del túmulo sin que supervisen todos mis movimientos. Me temo que he hecho un pacto con el diablo y ahora tengo que aprovechar hasta la mínima oportunidad que se me presente. Como esta Asamblea.

—Para un poco, no entiendo nada de lo que dices. ¿Quién te supervisa? ¿Qué es eso de un pacto con el diablo? Después de todo este sobrecogedor asunto de Arkady, me tomo estas cosas muy a pecho.

—No es ese tipo de pacto con el diablo. Las cosas no están tan desesperadas. Todavía, al menos.

—Ni se te ocurra hacer chistes con...

—Lo siento. —Kelonoke intentó esbozar una sonrisa apaciguadora. Sólo consiguió parecer aún más salvaje. Se encogió

de hombros—. Supongo que todos lo hemos pasado mal últimamente.

—¿Más problemas en casa? Han llegado hasta mis oídos rumores de aquí y de allá, pero muy pocos. Hace mucho que los medios de comunicación dejaron de considerar de interés público las atrocidades que nos llegan de Serbia y Bosnia.

Como tribu, las Furias Negras remontaban sus orígenes a la antigua Grecia. La feroz hermandad de mujeres guerreras que descendían de la tradición de las amazonas y las ménades. Incluso ahora que se encontraban repartidas por todo el planeta, las Furias seguían considerando a Grecia como la cuna de la tribu. Los túmulos como el del Clan de las Visiones Pasadas de Kelonoke habían alcanzado cierto renombre como lugares de peregrinación. Por desgracia, siempre se encontraban cerca de la línea de fuego cuando estallaban conflictos en los Balcanes.

—Es peor que nunca —confesó Kelonoke—. Vuestros espectadores no son los únicos que se han vuelto insensibles al respecto. Las bandas de violadores, la mutilación genital, se han convertido en la regla general, en algo común, aceptado. Estas mujeres, ~~Las~~ víctimas!, te miran como si estuvieses loca cuando les sugieres que lo que ocurre allí está mal. ¿Cómo demonios vamos a ayudar a esas personas?

Mari no pudo ofrecerle ninguna respuesta.

—Lo sé —musitó—. Lo sé. A veces te obliga a pensar en qué sentido tiene combatir si no hay posibilidades de vencer. Si da igual lo que hagas.

—~~Y~~ no es el Wyrn el culpable! Aunque puedas pensar que el Wyrn está allí, fomentado todo este sufrimiento tan estúpido como innecesario. No son los Danzantes y sus horribles apetitos y mezquinas crueldades. No se trata ni siquiera de los obtusos formori, que no conocen otra cosa más que la ley del tormento, para

darlo y recibirlo. **S**on humanos! Simple y llanamente humanos. Y aunque los mates, aunque los asesines hasta teñir las calles de rojo, no se detendrá. Nunca se acaba.

Mari aceleró el paso para ponerse a la par y le apoyó un brazo por encima del hombro, pero Kelonoke rehuyó el contacto.

—¿Sabes qué es lo peor? Ni siquiera les importa lo que hagas con ellos. Matarlos, torturarlos, golpearlos hasta hacerles perder el sentido, humillarlos. Porque, en cuanto te das la vuelta, ¿sabes qué? Eso mismo es lo que se hacen los unos a los otros. Daría igual que te quedaras en casa, porque lo único que consigues es facilitarles las cosas. Hacerles el trabajo sucio. Estamos matándonos ahí fuera, Mari. Y no supone ninguna diferencia.

Mari inhaló una profunda bocanada e intentó otro tipo de acercamiento.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudar? Kelonoke la miro como si Mari no hubiese escuchado nada de lo que había dicho.

—No creo que puedas.

—Entonces, ¿por qué me pediste que nos reuniéramos aquí? En este inhóspito rincón de Noruega... ¿será Noruega? Demonios, no me extrañaría que nadie quisiera adjudicarse la posesión de este sitio.

—Tus compatriotas plantaron una bandera en la Antártida —apuntó Kelonoke, malhumorada—. Y en la luna, ya puestos.

—**E**stá bien! No se trata de qué pertenece a quién. Ni siquiera de dónde demonios estamos. Lo que quiero saber es por qué querías que nos viésemos aquí. Supuse, fijate lo frívola que soy, que toda esa exposición acerca de la situación en los Balcanes podría tener algo que ver con ello. Pero, al parecer, no es así. Así que desembucha, si no quieres que me dé media vuelta y te deje aquí alicaída, arrastrando los pies por la nieve hasta que te canses.

Las dos se clavaron sendas gélidas miradas durante un rato. Kelonoke fue la que rompió el silencio.

—Supongo que no estoy acostumbrada a pedir ayuda.

—No se te da demasiado bien, eso seguro. Te...

—Cállate, Mari. Escucha un minuto. —Carraspeó—. Quiero que vengas conmigo. A Grecia. Al Clan de las Visiones Pasadas. Quiero que veas lo que está ocurriendo allí en persona, con tus propios ojos.

—No lo entiendo. ¿De qué puede servir que vaya a...? —Se fijó en la expresión de Kelonoke y se calló de repente—. Lo siento, continúa.

—Si las cosas siguen como me temo que harán en esta Asamblea, nos hará falta alguien que hable por nosotras en los Estados Unidos. Las Furias de allí tienen que saber lo que está ocurriendo en Serbia. Alguien debe hacerles comprender... comprender que no se trata de una simple escaramuza étnica a medio mundo de distancia. Prométemelo, Mari.

—Kelonoke...

—Prométemelo!

—Está bien, iré. Pero es todo lo que te puedo prometer. Después de eso podrás acompañarme a mi regreso a los Estados Unidos. Tu historia tendrá un impacto mucho mayor si sale de tus labios. Nuestras hermanas de allí te conocen. Te escucharán.

Kelonoke pareció no haber escuchado nada después de la promesa de Mari de acudir a Grecia. Los ojos de Greña Salvaje poseían una expresión ensoñadora, como si pudiesen ver peligros que aún no se hubiesen manifestado en este mundo.

—Allí hay algo que va mal, Mari. No puedo describirlo. Un mal que penetra muy hondo, más que el detrito de los años, que se remonta al principio de todas las cosas. Ha disfrutado de siglos para engendrar y medrar gracias a las incesantes guerras, al odio y a la

brutalidad... y ahora se agita. Se está sacudiendo de encima su manto de tierra agostada y sangre reseca. Rezaba para no vivir lo bastante como para poner los ojos encima de su auténtico rostro.

—No digas eso. —Mari combatió un escalofrío y le pegó un puñetazo a Kelonoke en el brazo. El gesto consiguió que volviera en sí y le propinó a Mari un generoso empujón.

—Eres igual de asustadiza que un conejo, Mari Cabrah. Mira cuánto nos hemos alejado! Volvamos con los demás. Si no me equivoco, a juzgar por ese fuego en lo alto de la colina, ya están devolviendo a Arne Ruina del Wyrn al vientre de Gaia.

Al girarse, Mari pudo ver las llamas de la pira funeraria que se alzaba hacia el cielo, hacia los delicados arcos de los puentes lunares. Se preguntó cuántos campeones de Gaia más regresarían a Ella antes de que Mari hubiese cumplido su promesa y vuelto a casa.

Cuando las dos Furias emprendieron el congelado camino de regreso a la Colina de las Lamentaciones, un largo y quejumbroso aullido se elevó de la multitud de dolientes congregada en la cima de la colina. Se hinchó y creció hasta convertirse en un alarido ensordecedor, sobrecogedor. Mari lo sintió como un puñetazo en el estómago. Vio que Kelonoke se doblaba hacia delante como si tuviese que abrirse camino en contra de un vendaval.

Al grito se unieron todas las patrullas a lo largo del perímetro, transmitido de línea en línea igual que una llamada a las armas. Creció en volumen y en intensidad, levantando ecos en todos los rincones de los alrededores. Los rezagados que aún quedaban en el Aeld Baile lo oyeron y, con el rostro alzado, le mostraron las gargantas a Luna y añadieron sus voces a la endecha por el héroe caído. El aullido prendió como la yesca y atravesó el corazón del bosque donde corrían los más salvajes; ni un solo Garou se atrevería a ser visto vistiendo piel humana esa noche.

Por medio de aquella canción, los Fenrir arrullaban el sueño de su hermano acogido.

Capítulo trece



El Guardián, Brand Garmson, recorría el perímetro a largas zancadas, con visible impaciencia. Incluso su propia manada lo rehuía. No patrullaba, sino que pisoteaba la tierra. Quedaba aún media hora para el amanecer y para la última reunión formal de la asamblea.

No es que hubiese carencia alguna de festejos con los que llenar las horas del día. Se diría que las preocupaciones de Sören Hospitalero acerca de los alojamientos eran innecesarias; pocos de los presentes dedicaban más de un par de horas al sueño. Había demasiado que hacer: viejos amigos con los que volver a encontrarse, nuevas amistades que forjar. Desafíos que pronunciar y a los que responder. Las noticias y las historias cambiaban de manos como monedas.

La banda de guerra de los Fenrir se dedicaba a sus tradicionales proezas sangrientas con un entusiasmo proporcional al tamaño y prestigio de aquel aforo sin precedentes. Se superaban a sí mismos en una olimpiada de inscripción gratuita para todos que comprendía el emborracharse, las fanfarronadas, el boxeo, la

lucha libre, la escalada, la caza y el lanzamiento de martillo. Celebraban carreras a pie arriba y abajo de las perpendiculares laderas de las montañas, y competiciones por equipos por la traicionera pendiente de un iceberg que había encallado en las proximidades. El quid de este último acontecimiento no consistía en coronar la cima lo más rápido posible, sino en conseguirlo sin desequilibrar y volcar el enorme peñasco de hielo. Competían por ver quién era el mejor partiendo espadas y escudos por la mitad, así como atravesando la mayor cantidad de hielo posible de un único hachazo.

Intercambiaban puñetazos e historias con el mismo celo hasta que aquello se convirtió en una prueba de resistencia por ver quién conseguiría soportar durante más tiempo las extremas condiciones sin dejar de dar lo mejor de sí. Se saludaban entre sí a la antigua usanza, procurando superar al de enfrente recitando sus hazañas o la letanía de su orgulloso linaje.

El Guardián, no obstante, se mantenía aparte. Pasaba las interminables horas del día azuzando y poniendo a prueba a sus patrullas, en busca de cualquier indicio de debilidad (o, peor aún, de levedad) para aplastarlo sin piedad bajo el tacón de su bota. Pudo escucharse un sonoro suspiro de alivio cuando el Guardián anunció que se iba a comprobar el estado del prisionero. No estaba dispuesto a correr el riesgo de que el acogido cambiase de opinión de repente e intentase darse a la fuga.

No era de extrañar pues, que aunque la patrulla del perímetro no supo a ciencia cierta cómo afrontar a la extraña partida que se acercó a la aldea poco antes del amanecer, vieran en ella una distracción de agradecer. Jorn Roe Acero se adelantó para recibir a los recién llegados, con una amplia sonrisa que mostraba bien a las claras las al menos seis mellas que exhibía su dentadura en la parte superior derecha. Cuando las tres figuras se aproximaron,

aquella sonrisa se evaporó. Jorn soltó un quedo gruñido de advertencia que, si bien no tuvo ningún efecto discernible sobre el trío, sí que convocó junto a él a sus compañeros de manada.

Los recién llegados parecían forjados en el mismo molde: baja estatura, corpulentos, complexión poderosa. Mas su piel poseía un tinte inquietante, uno que solía asociarse con ciertas variedades de setas que crecían sólo en lo más profundo de los bosques y que despedían un tenue fulgor fosforescente. El líder del grupo portaba una lanza de hierro ennegrecido, enhiesta ante él a modo de estandarte de guerra. El blanco pendón que ondeaba en su punta era, sin lugar a dudas, la piel de un lobo blanco.

—Alto ahí —gruñó Jorn—. Decid vuestro nombre y lo que os trae hasta aquí.

El líder tiró su macabro estandarte, desdeñoso, con una sola mano, al hombre de su derecha. Avanzó un paso más, desoyendo la advertencia de Jorn.

—Me llamo Cuchillo entre los Huesos. Éstos son mis compañeros. Hemos venido para dirigirnos a la asamblea. Espero que no hayamos llegado demasiado tarde.

Su voz poseía un extraño dejo, similar al chillido de una bandada de murciélagos. Desquiciaba los nervios. Jorn sintió cómo se le constreñían los músculos de la cara a modo de respuesta. Se obligó a relajar el semblante.

—¿Cuál es vuestra manada, Cuchillo entre los Huesos? Y, ¿qué es lo que pretendes al traer aquí ese repugnante trofeo?

—¿Repugnante trofeo? —El recién llegado parecía desconcertado de veras. Dedicó una mirada interrogante a sus compañeros, antes de que la comprensión iluminara sus rasgos—. Ah, la bandera blanca. Suele considerarse una señal de tregua o parlamento —confesó—. Significa que no hemos venido a mataros.

El hombre de su izquierda soltó un bufido. A juzgar por su expresión, estaba claro que no compartía la opinión de su compañero, aunque estaba dispuesto a seguirle la corriente por el momento. Con aire distraído, se rascó los antebrazos. Donde la piel asomaba de las mangas, se la veía jaspeada de repelentes llagas verde azuladas. Jorn tuvo la inquietante sensación de que aquellas heridas formaban alguna especie de sello o patrón. Era como si vibrasen y palpitaran cuanto más las miraba.

—Bueno, eso es un alivio —dijo Jorn, tras obligarse a apartar la vista. Consiguió recomponer sus asimétricos tres cuartos de sonrisa—. No me parece muy ortodoxo eso de traer una lanza al parlamento, pero haremos la vista gorda. ¿No sois de por aquí, verdad?

—No, aunque sois muy amable por preguntar. Ahora llevadnos ante la asamblea, por favor.

Jorn alzó una mano. Hablaba con voz calma, con apenas un dejo de incredulidad.

—Tendremos que anunciaros, claro está. ¿Puedo saber qué os trae por aquí, o me limito a anunciar que Cuchillo entre los Huesos y una partida de Danzantes de la Espiral Negra han llegado bajo bandera de paz?

Cuchillo entre los Huesos pareció sopesar la pregunta.

—Si fueseis tan amable, os agradecería que anunciaseis la llegada de la delegación de Lord Arkady. No nos gustaría que vuestras mujeres y cachorros salieran huyendo. Sois muy diligente. Me acordaré de mencionárselo a vuestros superiores.

—¿Lord Arkady? —Jorn no pudo ocultar por más tiempo una nota de incredulidad en su voz—. ¿Pretendéis que me crea que sois parientes de Lord Arkady?

Cuchillo entre los Huesos se erizó, indignado.

—Claro que lo soy! O lo era, más bien —concluyó, con algo menos de seguridad—. Todo es tan difuso en lo que a la familia respecta, ¿no os parece? En cualquier caso, tenemos que dirigirnos a la asamblea.

Avanzó de nuevo, en esta ocasión hasta que la palma de Jorn sobre su pecho lo detuvo. La carne cedió un poco bajo los dedos del Fenrir. Blanda, húmeda, coleante. Todos sus instintos le gritaban que apartarse la mano cuanto antes, pero se mantuvo firme.

—No olvidéis —dijo Jorn, penetrándolo con la mirada—, que debemos anunciaros primero.

—Ah, claro. —Cuchillo entre los Huesos retrocedió un paso y se volvió hacia su séquito—. Dice que va a anunciarnos —repitió en voz alta.

Jorn se limpió la mano en los vaqueros mientras el otro le volvía la espalda. Aún le escocía la mano como si acabase de coger un puñado de ortigas. Se dio la vuelta con discreción y se dirigió a su compañero de manada más próximo en susurro entre dientes. Sólo podía ofrecerle una muda plegaria a Gaia para que Fimbulwinter se percatase de lo delicado de aquella situación y no cometiera ninguna estupidez.

—Ve a la Casa de Hielo —le dijo Jorn— y anuncia a nuestros invitados. Diles que la delegación de Lord Arkady está aquí. Por favor, recálcale al Guardián que los tenemos esperando. ¿Entendido?

Fimbulwinter le dedicó una mirada interrogante, como si quisiera asegurarse de que Jorn sabía lo que se hacía.

—Vete —apremió Jorn. Su compañero sacudió la cabeza antes de prestarse a cruzar la aldea a buen paso. Jorn se volvió de nuevo hacia la delegación—. Sólo serán unos minutos. Siento curiosidad, ¿cómo es que no ha acudido Lord Arkady en persona? Hubiese jurado que querría enfrentarse a sus acusadores cara a cara...

Con aire distraído, Cuchillo entre los Huesos se giró hacia él.

—¿Qué? Ah, otra vez tú. Lord Arkady lamenta el no poder sumarse a la reunión. Se ha visto... retenido. Pero no es nada serio, nosotros hablaremos en su nombre.

Volvió a concentrarse en sus colegas, dejando a Jorn con la boca abierta, pasmado ante su desfachatez.

Un gruñido junto a su oído consiguió que Jorn volviera en sí.

—Viene el Guardián —dijo Colmillos Primero. Antes de que Jorn pudiera volverse para seguir la dirección de la mirada de su compañero de manada, el anuncio se vio corroborado por un lejano tronar de patas sobre el terreno helado.

Demasiado pronto!, pensó Jorn. *Dime que no ha venido corriendo. Que no ha venido solo.*

Se dio la vuelta, a sabiendas de lo que iba a encontrarse. El Guardián, en su inmensa forma de lobo feroz devoraba la distancia que los separaba. Fimbulwinter galopaba con ganas tras sus pasos, mas ya se había quedado rezagado media docena de leguas. No se veían más señales de movimiento, ni de refuerzos, por la aldea.

Jorn musitó un juramento e hizo un rápido gesto con la mano a Colmillos Primero. *Da un rodeo a la derecha. Despacio.* El de los tatuajes leprosos en los brazos era el más peligroso, dedujo Jorn de un vistazo. Nervioso sediento de lucha.

A aquellas alturas, incluso la partida visitante se había fijado en la enorme bestia que se les echaba encima.

—Ah, ahí tenemos por fin a alguien que sabe reconocer lo que es una urgencia y viene a llevarnos directamente ante la asamblea. ¿Podemos pasar ya?

Jorn hizo caso omiso de la pregunta y se interpuso entre la locomotora desbocada que era el Guardián y la delegación. Alzó una

mano, indicándole al Guardián que se detuviera, a sabiendas de lo fútil de aquel gesto. El Guardián no tenía intención de frenar.

De hacerlo, sería sólo para calcular mejor su salto.

—Bandera de tregua! —tuvo tiempo de gritar Jorn en el momento que el Guardián despegaba. Luego se vio obligado a echar cuerpo a tierra a fin de evitar la estela de garras que pasaron volando sobre su cabeza.

El Guardián chocó contra Cuchillo entre los Huesos con el resonante crujido de un árbol talado al estrellarse contra el suelo. Jorn no pudo ver el resultado de aquel impacto; de hecho, no pudo ver al Danzante en absoluto. El líder de la delegación se había visto eclipsado súbita y completamente por una masa de pelaje erizado y colmillos. Luego Jorn descubrió que más le valía preocuparse por su propia seguridad.

Colmillos Primero profirió un sobrecogedor aullido de dolor, seguido del acre olor a pelo quemado. Jorn sintió más que vio como el cuerpo de su compañero de manada volaba hacia él. Aun así, apenas consiguió apartarse de su trayectoria y volver a incorporarse. Lo que vio a continuación parecía una escena salida de una pesadilla.

El escabroso Danzante había mudado su forma humana como si de un pellejo reseco y holgado se tratara. Se erguía tal como era, fibroso, sinuoso y viscoso, enhiesto igual que una cobra. Su forma de rabia estaba completamente desprovista de pelo, las venas se destacaban a la perfección por toda su piel, fina como el papel. Jorn no habría reconocido a la criatura de no ser por las blasfemas runas palpitantes que le cubrían los brazos. Éstos crepitaban ahora con un escalofriante fulgor radiactivo. Los glifos ya no se veían incrustados en la carne, sino que parecían flotar sobre ella, chisporroteando de energía y desprendiendo un inconfundible hedor a ozono.

La bestia dio un paso al frente para ocupar el sitio que había dejado vacío Colmillos Primero. Por el rabillo del ojo, Jorn pudo ver cómo su compañero de manada patinaba por el suelo helado hasta detenerse. Se quedó quieto y no hizo ademán de volver a incorporarse.

Mala cosa, pensó Jorn. *El equipo visitante se apunta el primer tanto*. Ya había comenzado a cambiar, rindiéndose a las estremecedoras, electrizantes y quebradoras contorsiones de la rabia del guerrero *berseke*. Jorn sintió cómo la chispa del yo oscilaba y parpadeaba insegura ante la inminente tempestad. La tierra bajo sus pies se abrió cuando Gaia echó la cabeza hacia atrás y aulló por medio de su garganta.

En el ojo de la rugiente tempestad se produjo un momento de absoluta calma y claridad. Jorn vio cada detalle de la pelea que se desarrollaba a su alrededor. Vio las chispas individuales que se perseguían por el pelaje carbonizado de Colmillos Primero, tendido, vivo pero inerte, sobre la nieve.

Vio a Marte Creciente que se abalanzaba sobre el enemigo desde la dirección opuesta a la suya. Era el ataque correcto en el momento equivocado. De haberse producido con anterioridad, podría haber coincidido con la embestida ciega de Colmillos Primero, garantizando así que al menos uno de ellos encontrase su objetivo. De haberse producido después, Jorn podría haber lanzado un ataque para monopolizar la atención de su adversario y producir una apertura que poder explotar. Así las cosas, Jorn previó los primeros indicios del revuelo del Danzante, el pie girado, el leve cambio de apoyo. Su puño derecho interceptaría a Marte Creciente en pleno vuelo. Jorn vio a Fimbulwinter cargando a cuatro patas, con la cabeza gacha. Corrió como una exhalación hacia el último de los delegados, el portaestandarte. Jorn quiso lanzar un aullido de aviso a su compañero de manada, pero

no tuvo tiempo. Ya preveía cómo la cruel punta de hierro ennegrecido descendía, presta a interceptar la embestida. La piel de lobo blanco, la bandera de la paz, aró la tierra, dibujando un surco poco profundo en la nieve.

El Guardián se erguía en el centro de la matanza, impávido, en pleno cambio a forma guerrera. Su puño izquierdo se encontraba hundido hasta la muñeca en abdomen del líder de la delegación. La fuerza de aquel golpe había levantado a Cuchillo entre los Huesos del suelo y el Guardián lo sostenía en el aire, aullando su desafío al enemigo empalado.

Los cuatro aullidos de los Fenrir eran uno solo. O quizá no fuesen sino distintos aspectos de aquel Único Aullido, el grito de ultraje y de dolor que resonaba en los recovecos de la tierra mucho antes de que naciera ninguno de ellos, que resonaría incluso mucho tiempo después de que se hubieran olvidado sus nombres. Los Fenrir eran el Aullido de Gaia. Nacían gritando su desafío; los más tenaces morían haciendo gala de aquel mismo espíritu indómito. Aquel era el acto que definía su existencia.

Aquel extraordinario momento de lucidez pasó y el tiempo corrió hacia delante de nuevo, una estela de garras y colmillos. Las zarpas del Espiral se propulsaron para alcanzar a Marte Creciente justo debajo de la barbilla. La carne se hendió; la sangre brotó. En el momento en que el golpe conectó, los chispeantes glifos de energía de su antebrazo restallaron y cayeron sobre la cabeza de Marte Creciente igual que el coletazo de un látigo. El pelaje ardió y se ennegreció. El golpe lo derribó, despatarrado a los pies de su antagonista. A Marte Creciente le quedaron aún las fuerzas suficientes para rodar a un lado antes de que llegase el siguiente ataque. Rodó y rodó, apagando las brasas de su piel sobre la nieve. Se arañó la cabeza, desesperado, donde el

abrasador contagio había penetrado la carne y ahora se abría paso hacia el interior.

Al ver a aquel letal adversario en acción, Jorn se apresuró a cambiar de táctica. La acostumbrada maniobra de manada de rodear al enemigo para después azogarlo con rápidos ataques desde todas las direcciones no iba a funcionar en aquel caso. Ya habían caído dos miembros de la manada y ahora se enfrentaba a un uno contra uno. El aullido de agonía de Fimbulwinter le dijo a Jorn que su compañero de manada había descubierto su error de cálculo al mismo tiempo que la punta de la lanza. Aquello no ayudaba a equilibrar la balanza. Con suerte, el asta se rompería bajo el peso de Fimbulwinter. A Jorn no le agradaba en absoluto la idea de verse atacado por la espalda pero, si eso debía ocurrir, esperaba que al menos el ataque procediera de un enemigo desarmado.

Decidió renunciar a toda prudencia. El preciso ataque relámpago que había lanzado se convirtió de improviso en un feroz salto desesperado. Rezaba para que Marte Creciente le hubiese conseguido algo de tiempo.

Jorn profirió un aullido triunfal cuando sintió cómo sus garras traspasaban la ajada piel apergaminada y corrían chirriantes bajo un omoplato. Cayó con todo su peso sobre el Danzante, derribándolo de bruces. Los enfermizos tatuajes se agitaron y sisearon cuando se hundieron en la nieve. Una sibilante nube de humo envolvió a los dos combatientes. Las fauces de Jorn apresaron la nuca del Danzante y, con un zangoloteo de cabeza, la cálida sangre se mezcló con la nieve.

El Danzante intentó erguirse de rodillas, se estremeció, y se quedó inmóvil. Cuando el vapor se disipó ante sus ojos, Jorn pudo ver el reluciente destello del hueso en medio del amasijo que era ahora la garganta del otro. Tenía la cabeza ladeada en un ángulo

imposible, casi separada por completo del cuerpo. Jorn vio la impronta de su propia sonrisa aserrada, marcada en negativo sobre la carne.



El Guardián sostuvo en alto a Cuchillo entre los Huesos con una sola mano. Su puño se había cerrado dentro del abdomen del Danzante. Vio cómo sus garras y la fuerza de la gravedad abrían en canal a su enemigo, despacio, desde la pelvis a la caja torácica.

Cuchillo entre los Huesos escupió un salivazo cargado de desdén, sangre y bilis que fue a estrellarse contra el rostro del Guardián. Gracias a algún tipo de reserva interior aún fue capaz de aunar fuerzas para hablar, para maldecir a su asesino. Las palabras brotaron entre bocanadas agónicas.

—Sí, bien hecho, hermano. **¡Báñate en mi sangre! Qué gran campeón serás para Malfeas. Ya has superado el Primer Giro de la Espiral Negra...**

—**¡Silencio!** —El Guardián lo sacudió y un ataque de tos ahogó las palabras del Danzante. Le corría un hilo de sangre por la comisura del labio. Sonrió.

—No hay vuelta atrás, Brand Garmson. Sí, sé quién eres. Tu nombre ya se ha grabado con el fuego de la Pira de Corrupción sobre las paredes de la Cueva del Recuerdo. Lo he visto con mis propios ojos, he pasado los dedos sobre tu marca...

El Guardián sintió que una mano helada le acariciaba la espalda. Se estremeció.

—**¡Sí!** Sabes que digo la verdad. Al final vendrás a nosotros por tu propia voluntad, cuando te des cuenta de aquello en lo que te has convertido. Clamas por sangre inocente. Ajusticias a tus

propios compañeros de manada. Atacas a desconocidos nada más verlos. Deshonras la bandera de la paz.

El Guardián no pudo soportar aquella siniestra letanía por más tiempo. Su puño izquierdo voló hacia el cielo, sus garras atravesaron por igual corazón y pulmones. Su mano derecha descargó un ataque feroz que desgarró el abdomen y a punto estuvo de partir en dos a Cuchillo entre los Huesos. Con un gesto de desprecio, lanzó el cuerpo lejos de sí.

Se volvió hacia la izquierda, hacia la única figura que aún permanecía erguida sobre el campo de batalla. Fimbulwinter tenía el pecho atravesado por la lanza de hierro que hiciera las veces de estandarte. Su punta ennegrecida aparecía surcada de profundas y brillantes marcas de garras donde había intentado desprenderse del arma o arrebatársela a su enemigo. Ante la imposibilidad de ambas cosas, Fimbulwinter había seguido el único curso de acción posible y se había empalado, paso a paso, agónico, para que la lanza lo atravesara. Ya había cubierto la mitad de la distancia, pero cada paso amenazaba con ser el último.

El Guardián aulló su desafío. El Danzante lo vio y a punto estuvo de soltar la lanza. Hubo de transcurrir otro momento antes de que se diera cuenta de que su arma se había convertido de repente en una trampa mortal, en un ancla que lo inmovilizaba en el sitio. Aquel momento fue suficiente.

El salto del Guardián atrapó al desdichado lancero en la parte superior del pecho, destrozándole la clavícula y derribándolo. La lucha duró un segundo. El Danzante yacía muerto y destripado. El Guardián alzó el hocico ensangrentado de los restos y aulló de victoria y desafío. Las patrullas exteriores que corrían hacia los combatientes vieron al Guardián silueteado contra el sol poniente como la mismísima encarnación del Lobo Feroz. El horrendo espectro de la muerte.

La visión desapareció con la misma rapidez con que había surgido. Supieron sin lugar a dudas que volvía a ser su Guardián cuando acudió junto a ellos para enumerar sus faltas con mortificante detalle. Sólo con el primer aliento ya llegaban tarde, adolecían de descuido, de no estar en forma y de no haber ocupado los puestos que se les había asignado. La letanía de sus errores no se detuvo con aquel primer aliento.

Las severas reprimendas del Guardián enviaron a los hombres a toda prisa junto a Fimbulwinter para liberarlo y cargar con él, junto con Colmillos Primero y Marte Creciente, lejos del campo de batalla.

Fue sólo el gruñido de advertencia de Jorn lo que detuvo en seco el recital condenatorio del Guardián. *Peligro. A tu espalda. Danzantes. Los Muertos.* Un guerrero veterano sabía ser increíblemente pragmático y extraer una cantidad increíble de información a partir de una ronca nota gutural.

Los Fenrir giraron en redondo, adoptando por instinto una improvisada línea de combate. Varios ojos penetrantes buscaron el origen de esta nueva amenaza. Fue el Guardián el primero en verlo y, casi de inmediato, en desear no haberlo hecho.

Se percibía movimiento desde el lugar donde había abandonado al líder de la delegación de Danzantes. Algo se agitaba. El cuerpo de Cuchillo entre los Huesos yacía sobre la nieve, casi partido en dos. Pero no yacía inerte. Del agujero abierto en la base de su cavidad torácica, reptó algo blanco y viscoso. Tanteó el aire dubitativo y, envalentonado, se atrevió a salir.

Se hinchaba a medida que avanzaba, un mero tentáculo al principio. No tardó en volverse tan grueso como un árbol pequeño. Ante los atónitos y repugnados ojos del Guardián, la punta del sinuoso apéndice se partió en dos, donde cada ramal creció hasta adquirir las dimensiones de un tronco robusto.

Cuchillo entre los Huesos abrió los ojos e inhaló un áspero aliento. Todas las miradas se encontraban fijas en él, incapaces de ignorar aquel blasfemo espectáculo. Los Fenrir se mantuvieron en sus puestos, reticentes a avanzar o a retirarse de aquella monstruosidad.

Muy despacio, el Danzante se sentó, palpando y frotándose sus nuevas «piernas» como si se le hubieran dormido. Tras apoyar un brazo en el suelo para coger impulso, se incorporó tambaleante hasta quedar de rodillas.

A menos de un paso de distancia, una transformación similar estaba teniendo lugar en lo que había sido la parte inferior de su cuerpo. En la mitad amputada, igual que una lombriz, crecía la contrapartida que le faltaba.

La recién formada cabeza de este gemelo era, de momento, un orbe blanco sin rasgos, aunque se volvía a un lado y al otro como si intentase comprender dónde estaba.

Aquello era más de lo que se podía soportar. Con un alarido, cuatro de los Fenrir rompieron filas y saltaron adelante dispuestos a terminar con aquella abominación. Los improperios del Guardián cayeron en oídos sordos. Los guerreros golpearon una y otra vez, y otra, como si por medio de meras garras y dientes pudieran espantar aquellas horrendas imágenes de sus memorias.

Hubo de transcurrir algún tiempo para que el frenesí en masa se evaporase y volviera a cernirse sobre la aldea un incómodo silencio. Los cuerpos de la delegación al completo habían quedado reducidos a trizas durante el abandono enloquecido.

El Guardián se cernió sobre sus hombros, conteniendo apenas su propia rabia.

—Ese montón de escoria nos va a deparar una noche de lo más desagradable. Ninguno de vosotros, nadie, se va a mover de aquí hasta que hayáis recogido hasta el último trozo de estas tres... o

cuatro... cosas. Cuando estéis seguros de que las tenéis todas, volvéis a peinar la zona porque seguro que se os olvida algo. Cualquier pedazo que paséis por alto se va a convertir en un problema de los gordos antes de que se haga de día. Quiero que queméis todos los restos, los huesos también, hasta reducirlos a polvo de cenizas. Estaré en la Casa del Vuelo de Lanza. Quiero que dos hombres patrullen este sitio toda la noche. Los relevaréis cada hora; quiero ojos atentos hasta que salga el sol. Ya sabéis lo que tenéis que buscar. No os quedéis ahí plantados, a trabajar!

A regañadientes, las patrullas acometieron la repugnante tarea.

El Guardián se agachó para recoger el estandarte caído allá donde lo habían abandonado aquellos que habían desclavado a Fimbulwinter. El pendón blanco estaba rígido por culpa de la sangre reseca y el hielo. Sosteniéndolo en una mano, el Guardián sacudió la cabeza y se apresuró a cruzar la aldea. Casi como si se le acabara de ocurrir, llamó por encima del hombro:

—Jorn, ven conmigo.

Jorn sintió cómo las torvas miradas hostiles de sus compañeros se le clavaban en la espalda y supo que tendría que dar cuentas por haberse librado con tanta facilidad de aquel desagradable encargo. Partió en pos del Guardián.

Capítulo catorce



—Diles lo que me has contado a mí. —El Guardián aún aferado el ensangrentado estandarte, empujó a Jorn hacia delante. Su repentina aparición había provocado un gran revuelo en la Casa del Vuelo de Lanza.

Jorn procuró recomponer la compostura e hincó la rodilla ante Karin.

—Llegó una partida al perímetro poco antes de la puesta de sol, Jarlsdottir —comenzó, vacilante— bajo bandera de tregua. Afirieron tratarse de una delegación de Lord Arkady.

Al escuchar aquel nombre, un murmullo recorrió el salón. La voz de Karin atajó el clamor.

—¿Bandera de tregua? No estamos en guerra con la Casa de la Luna Creciente. Aquí tenemos a un pariente de Arkady, Victor Svorenko, sentado a la misma mesa que nosotros. —La expresión de la Jarlsdottir se tornó suspicaz—. ¿Dónde se encuentra esta delegación, Jorn Roe Acero? ¿Por qué no los has traído ante nosotros?

Jorn se revolvió incómodo ante su escrutinio.

—El trío no pertenecía a la Casa de la Luna Creciente, Jarlsdottir. Eran Danzantes de la Espiral Negra.

El salón se inundó de gritos y acusaciones.

—¡La mancha del Wyrn! Una lacra para toda su Casa.

—¿Qué más pruebas hacen falta?

—¿Acaso no doblegó al Wyrn del Trueno? Su propio pariente lo ha admitido.

—¡Los Danzantes le sirven de recaderos!

Varios miembros de la banda de guerra de los Fenrir se pusieron en pie y se encaminaron en fila hacia la salida. Sólo la mole del Guardián, plantado ante la puerta, evitó que salieran a la aldea. El lento y solemne meneo de su cabeza lo dijo todo: los intrusos ya no suponían ningún problema.

Karin golpeó tres veces el suelo con el mango de su gran martillo de plata antes de que se restaurara el orden en la sala. Aún se oían voces airadas aquí y allá.

—Lo que exige esta situación es mantener la cabeza fría. ¿Ofreció dicha delegación prueba alguna de representar a Arkady? Suele mediar un abismo entre lo que dice un Danzante y la verdad.

Jorn caviló por un momento.

—No —admitió—. Aunque el portavoz afirmó ser pariente de Lord Arkady. Dijo que se llamaba Cuchillo entre los Huesos.

Victor Svorenko se puso en pie de un salto y descargó ambas manos sobre la mesa, con la violencia suficiente como para que tintinearán los cubiertos.

—¡No pienso consentir que se calumnie a mi Casa en mi presencia! Vine aquí de buena fe, para contar la verdad tal y cómo la había visto. Los que me escuchasteis anoche cuando narré la muerte de Arne Ruina del Wyrn sabéis que no adorno los hechos, aun cuando pudiera perjudicar a uno de los míos. La Casa de la

Luna Creciente es la más egregia de todas las líneas nobles de los Colmillos Plateados. Esto es algo indiscutible y exhaustivamente documentado. Afirmar que Lord Arkady es pariente de... Es inimaginable. **R**etira tus palabras, o prepárate a defenderlas con la fuerza de tu brazo!

Jorn realizó una leve reverencia en dirección al acalorado Colmillo Plateado.

—Tergiversáis mis palabras, primo. Me he limitado a repetir lo que dijo el Danzante, tal y como se me ha pedido. Yo no me sumo a esta acusación. Quizás os agrade saber que el Guardián ya ha reparado esta afrenta cometida contra vos.

El cuello al descubierto pareció apaciguar a Victor más que las palabras, escogidas con sumo cuidado.

—Acepto vuestra retractación. Haz el favor de relatarnos sólo las palabras exactas de Cuchillo entre los Huesos, a fin de evitarnos posteriores confusiones de este tipo.

—Daré cuenta de ellas con tanta fidelidad como me sea posible —repuso Jorn, antes de proceder a narrar en gran detalle la peculiar conversación. Cuando llegó a la parte en la que se mencionaba que Arkady se había visto «detenido», el clamor se alzó de nuevo, apagando su voz.

—Esto es una patraña —gritó Víctor—. Está claro que Arkady ha caído en las garras de los Danzantes. ¿Por qué si no iba a faltar a su cita?

—**B**orque tiene miedo de enfrentarse a nosotros!

—¿Quién ha dicho eso? —retó Victor, enrojecido el rostro—. Lo que tenemos que hacer es organizar una partida para seguir el rastro de estos engendros del Wyrn hasta su guarida. Si Arkady ha sido capturado...

Karin volvió a descargar un martillazo.

—Estoy segura de que el Guardián ya ha lanzado a los mejores rastreadores en su captura. —Al recorrer la estancia con la mirada, no obstante, vio que Thijs y los otros se encontraban presentes. El Guardián se estaba comportando de un modo muy extraño desde hacía semanas, pensó. La sombra de la muerte cabalgaba sobre él, implacable, espoleándolo con la fusta de la venganza. Antes de que nadie pudiera hacer comentario alguno acerca de aquel desliz, Karin continuó—: Si Arkady no puede asistir, nos veremos obligados a pronunciar sentencia en su ausencia. Ya hemos escuchado el testimonio de Víctor Svorenko, pariente de Arkady, donde nos narra cómo éste doblegó al Wym del Trueno y la bestia lo obedeció como a su amo. Hemos escuchado la historia de la Corona de Plata y de cómo Arkady conspiró con los servidores del Wym para usurpar el trono de Jacob Muerte de la Mañana. Sabemos que se vio obligado a abandonar los Estados Unidos en circunstancias sospechosas y que esta nube sombría lo siguió hasta Rusia. Hasta este momento, no se ha alzado ni una sola voz, de ninguna de las doce tribus, para hablar en su defensa.

Se produjo un largo silencio en la sala, roto sólo por el arañar de las patas de una silla contra el suelo en el extremo más alejado de la estancia. El joven ataviado con un arrugado traje de corte americano se irguió para dirigirse a la asamblea. Llevaba el largo cabello castaño recogido en una coleta; un destello dorado en su garganta reveló un intrincado colgante con cabeza de lobo que obligaba a pensar en antiguos túmulos irlandeses. Cuando habló, no obstante, su voz poseía un inconfundible dejo propio de los Apalaches.

—Así que ni una sola voz, ¿eh? Ni una sola. En fin, no cuesta adivinar para dónde sopla el viento dentro de esta sala. He recorrido una enorme distancia con la esperanza de encontrar alguna

respuesta, pero me he dado cuenta de que nadie plantea siquiera las preguntas adecuadas. A pesar de todo, no puedo quedarme sentado y ver cómo se condena a un hombre sin que nadie diga algo en su defensa. Me llamo Stewart; me llaman Camina tras la Verdad. Ahora bien, ni siquiera conozco a este tal Arkady en persona, pero sí las historias. Cuando oí que Arkady había doblegado al Wyrn del Trueno sólo con la palabra, me vino a la mente el antiguo proverbio que reza que cuando el techo y el suelo no se llevan bien, las paredes se derrumban. No se exorcizan demonios por el poder del demonio y no sojuzga a los esclavos del Wyrn por el poder del Wyrn. Eso lo pone en algún libro, o algo parecido. Si recuerdo bien la historia, Arkady no fue desterrado tras el asunto de la Corona de Plata. De hecho, si ya hubiese sufrido la censura pertinente por su implicación en tal acontecimiento, no haría falta que nos sentásemos a juzgarlo en estos momentos. No, si Albrecht pensaba juzgar a Arkady, ya lo habría hecho. Allí mismo, en aquel preciso instante. Al fin y al cabo, un puñado de historias no es prueba suficiente con la que culpar a un hombre sin ni siquiera escuchar lo que él tiene que decir.

—Nuestras historias son nuestro pasado, Stewart Camina tras la Verdad —dijo Karin—. Como portavoz de la ley, confío en las canciones y en los relatos de nuestro pueblo. Dado que Arkady no se ha presentado, tendrá que ser juzgado por lo que se cuenta y se canta de él; no sólo por nosotros, sino por todos los que vengan detrás. Su reputación y su renombre deben ser su defensa. Te honra el que estés dispuesto a hablar en su favor, siendo como es un desconocido para ti. Ojalá hubiera más voces dispuestas a ensalzarlo y menos a condenarlo.

Se oyeron murmullos de asentimiento por toda la sala. Karin carraspeó y alzó la voz para que pudieran escucharla todos los asistentes.

—Hablo en nombre de los Fenrir. La tribu ha dictaminado que Lord Arkady, de la Casa de la Luna Creciente, ha comulgado con el Wym y es cómplice de la muerte de nuestro hermano de leche Arne Ruina del Wym. A partir de esta noche en adelante será un paria. No se le volverán a abrir nuestros salones, ni deberá ofrecerle ninguno de nuestros parientes ayuda o socorro. Asumimos que su sangre ya ha sido derramada; no habrá riesgo de *wergild* ni ningún otro tipo de repercusión contra aquel que resulte haberlo herido, mutilado o incluso acabado con su vida. Lloramos a nuestro primo, caído en singular batalla con el Wym. Sergiy Pisa la Mañana, ¿cuál es el veredicto de los Hijos de Gaia?

Pisa la Mañana se encontraba sentado a la izquierda de Karin. Un asiento vacío entre ambos, en honor de Arne Ruina del Wym. Para los presentes, aquel era un visible recordatorio del abismo que se había abierto entre las dos manadas.

Sólo dos de sus guerreros habían acompañado a Pisa la Mañana a la asamblea, ambos garantes de los cinco prometidos. Sergiy permaneció sentado, cabizbajo.

—Hablo en nombre del Clan del Alba. Mi pueblo le vuelve la espalda a Lord Arkady de la Casa de la Luna Creciente. Que crezca la hierba sobre él y Gaia perdone lo que nosotros, sus elegidos, no podemos.

Karin asintió con talante solemne.

—Kelonoke Greña Salvaje, ¿cuál es el veredicto de las Furias?

—Hablo en nombre del Clan de las Visiones Pasadas. Que la marca de Lord Arkady de la Casa de la Luna Creciente desaparezca de los anales de nuestro pueblo. Que su nombre sea eradicado de los pedigríes y nobles linajes de los que tanto se enorgullecía. Que las ménades le arrebatan a los suyos cualquier recuerdo de él. Es cuanta piedad podemos ofrecerle.

—Veloz como el Río —entonó Karin—. ¿Cuál es el veredicto de los Garras?

El viejo lobo entrecano que se abrió paso entre la turba no dijo nada. Llegó hasta la columna central del salón y entonces, con todas las miradas puestas en él, levantó una pata y orinó sobre el poste. Veloz como el Río se dio la vuelta con un desdénso vuelo de la cola y salió de la estancia para perderse en la noche.

La voz de Karin rompió el elocuente silencio.

—El margrave, Yuri Konietzko. ¿Cuál es el veredicto de los Señores de la Sombra?

—Hablo en nombre de mi pueblo —dijo el margrave, al tiempo que se incorporaba—. No tenemos por costumbre ensañarnos con rivales caídos, ni calumniar a los muertos. Los que quedamos para apoyar el frente contra los abusos del Wyrn seguiremos luchando. Aunque lamentaremos su ausencia.

—Así pues, queda decidido. Que corra la voz entre nuestro pueblo. —Parecía que la hubiesen abandonado las fuerzas. Se apoyó en su martillo de plata, esperando que no resultara demasiado obvio. A fin de encubrir su incomodidad, se volvió hacia el margrave—. He estado pensando en lo que nos dijisteis ayer, y en vuestra promesa de ofrecer las vidas de cuatro decenas de Garou a cambio de sólo diez defensores. Hago mío el propósito de que disfrutéis de la oportunidad de poder cumplir vuestra promesa. A tal fin, ponemos los diez guerreros de los Hijos a vuestro cargo, para ayudar, como vos mismo dijisteis, a rellenar los huecos dejados por nuestros camaradas caídos. Es más, añadiré una fuerza equivalente escogida entre la banda de guerra de los Fenrir, siempre que creáis que podréis encontrar una tarea digna, no de diez, sino de veinte guerreros sin par.

—Os lo agradezco, Karin Jarlsdottir —repuso el margrave—. Creo que podré. Ya hemos oído hablar a Kelonoke Greña Salvaje

acerca de una nueva amenaza que comienza a dejarse sentir en los Balcanes. No cabe duda de que el Wyrm pretende penetrar en la región y nos hostiga desde diversos frentes. Si os parece bien, podemos enviar al grueso de este contingente a reforzar nuestra posición en los Balcanes al tiempo que mandamos a un grupo selecto a investigar el origen de la renovada actividad del Wyrm por estos lares.

—Un plan excelente. ¿Qué os parece, Kelonoke Greña Salvaje? ¿Se ajusta la propuesta del margrave a vuestros planes?

—Así es, Jarlsdottir. Me alegra poder dejar este asunto en sus manos.

Sentada a la diestra de la Furia, Mari lanzó a Kelonoke una mirada penetrante. Podía escuchar los tonos ensayados en aquella voz familiar. *¿A esto te referías cuando hablabas de un pacto con el diablo?*, se preguntó. *No a un pacto con el enemigo, sino con alguien que podría llegar a ser incluso más peligroso.*

—Si Pisa la Mañana no tiene nada que objetar —dijo Karin.

—El regalo es de buena fe, sin condiciones ni cláusulas. Los diez irán donde ordene la Jarlsdottir. Si se les permite combatir junto a los Fenrir, tanto mejor.

—Entonces, de acuerdo. Lo único que resta es elegir al puñado que se enfrentará al peligro.

—Yo iré. —La voz imperiosa procedía del otro extremo del salón. La asamblea se giró como un solo hombre para mirar al Guardián.

—Eso queda fuera de toda discusión —repuso Karin—. Vuestro deber...

—La renuncia de mis obligaciones se hará efectiva al término de esta asamblea.

—Ya veo —musitó Karin. Se hizo un tenso silencio en la sala. Veía el destino fatal del Guardián mordisqueándole los talones,

azuzándolo de forma infatigable—. Entonces, el resto de vuestra manada os acompañará. Jorn Roe Acero, Colmillos Primero, Marte Creciente, Fimbulwinter, Aeric Sangra Sólo Hielo... —Enumeró los nombres con la ayuda de los dedos de una mano—. Dejáis nuestro perímetro desabastecido.

—Los cazadores no se van a morir por cubrir un par de turnos más. Al menos hasta que Faldas de Montaña haya entrenado a los refuerzos. Puede que la situación sea algo tensa durante algún tiempo. Habéis prometido diez guerreros.

—Ya tiene a los diez —rió Jotun Tres Naves—. No te crearás que vamos a permitir que tú y los tuyos acaparéis toda la gloria del alfa. Además, nosotros llevamos en esto desde mucho antes que vosotros. Se nos da mucho mejor.

—Eso está por ver —fue la réplica que surgió de la muchedumbre.

Varios puestos mesa abajo, Mari se puso en pie.

—Voy con vosotros. —El tono empleado no daba lugar a contestación. Al ver la expresión escéptica del Guardián, añadió—: Yo también he hecho una promesa. Si fuesen los vuestros los que estuviesen muriendo ahí fuera, estaríais junto a ellos.

La invocación de los muertos debió de tocar una fibra sensible en el Guardián. Se limitó a encogerse de hombros, como si no hubiese tenido tiempo suficiente de pensar en una respuesta.

—Podrás seguirnos siempre y cuando te demuestres útil. Ni un paso más. —Se dio la vuelta y comenzó a darle órdenes detalladas a Jorn. Quedaba mucho por hacer y pocas manos capaces de hacerlo.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo el margrave.

—¿De qué se trata? —quiso saber Karin.

—Se trata de que, a menudo, la raíz de un problema no se encuentra en el mundo físico, sino en el espiritual. Dicen que si se

tala un árbol en el reino de la Umbra, su manifestación física se marchita hasta morir. Lo mismo ocurre con muchos problemas. A fin de sanar una herida en este mundo, se hace necesario erradicar el cáncer en el siguiente.

—¿Qué es lo que sugerís?

—Propongo un retoque a vuestro excelente plan. Además de la manada que se aventurará en el corazón de los Balcanes para descubrir físicamente el mal recién despertado acerca del cual nos ha advertido Kelonoke Greña Salvaje, enviaremos una segunda manada a investigar el problema desde la perspectiva de la Umbra. Se me ocurre cierto curso de acción, partiendo del enclave perdido de uno de los túmulos cercanos a la cuenca del río Tisza que ha sido tomado recientemente, pese a la valerosa resistencia. Pero ya discutiremos los detalles en un entorno más privado.

—Sea. Encuentro vuestra sugerencia de lo más prometedora. Dos manadas, cuerpo y alma, lo físico y lo espiritual.

—Un trípode con dos patas se cae —sentenció una voz ominosa cerca del fuego—. Pobre del que se refugia bajo tan malhadado artilugio.

Se estiraron los cuellos en un intento por divisar al orador. Un hombre de mediana edad, con el rostro tan surcado de líneas como la red de un pescador, se encontraba sentado frente al hogar. Tenía la piel morena y curtida, las mejillas cubiertas por una barba de tres días. Ofrecía el aspecto de un hombre que hubiese vivido toda su vida sobre la ladera expuesta de una montaña.

—Tres son las Parcas —continuó, hablando con las llamas, ajeno al interés que había suscitado—. Tres, las Furias. Luna tiene tres rostros: Virgen, Madre y Bruja. El viejo Wyrn se divide en tres segmentos: Bestia de Guerra, Devorador de Almas y Wyrn Profanador. Toda la creación es una Tríada: Tejedora, Wyrn y Kaos. Y los hijos de Gaia, también ellos poseen tres facetas. Pero

sólo pueden recordar dos. La ven, sí. Y la sienten. Entonces, me pregunto, ¿por qué no se acuerdan de ella?

—¿Quién habla así, reprochando a los Garou su falta de memoria? Levántate —retó Jotun Tres Naves.

El hombre junto al fuego ladeó la cabeza como si hubiese oído algo a lo lejos. Muy despacio, se puso en pie y se dio la vuelta para comenzar a aproximarse a la mesa principal. Su andar era tortuoso, su cojera pronunciada, a punto estaba de tropezar cada vez que apoyaba el pie derecho en el suelo. Tres Naves se impacientó ante la lentitud de aquel paseo, al tiempo que le avergonzaba el hecho de haber obligado a un tullido a levantarse.

—¡Por el amor de Tor, que alguien le eche una mano a ese hombre!

Uno de sus guerreros se apresuró a pasarle un brazo sobre los hombros al desconocido.

El cojo esbozó una sonrisa bovina y dio un vacilante paso al frente. Satisfecho con el resultado, dio otro, y otro, hasta que la pareja comenzó a cruzar el salón cada vez con mayor seguridad y rapidez. Había desaparecido cualquier rastro de la cojera. Ambos parecían una pareja de viejos colegas de borrachera que, agarrados, se apresuraran a llegar a la próxima taberna.

—Ah, no hay nada como tener otra pierna —dijo el desconocido, dándole una palmada en la espalda a su compañero—. El hombre apenas se tiene sobre dos piernas, pero dale una tercera y ya verás hasta dónde llega.

Se encontraban ante la Alta Mesa y el enigmático hombre realizó una honda reverencia ante sus anfitriones.

—Me llamo Antonine Gota de Lágrima. Os agradezco vuestra hospitalidad. A cambio, yo os ofrezco mi Acertijo de Treses. Si lo adivináis, todavía podríais salvar a vuestro pueblo de una gran catástrofe.

—Dices que nos olvidamos de algo —comenzó Karin—. ¿Alguna omisión en el plan del margrave?

—No, eso lo habéis dicho vos —corrigió Antonine—. Aunque no os falta razón.

—¿Acaso queréis decir —intervino el margrave— que hay algo que hemos olvidado como pueblo? ¿Que hemos perdido algún tipo de conocimiento?

—Tampoco ahí os falta razón. Cuanto más tardéis en reaccionar, más saber se perderá. Eso ya lo he visto. Y más. Cuesta tanto acordarse.

—Tienes que ser más explícito —dijo Jotun Tres Naves, exasperado—. No sé si tus palabras son cara o cruz. Si lo que pretendes es advertirnos de algo, será mejor que te esfuerces un poco más.

—Muy bien, os ofrezco un trato. Enunciaré mi advertencia de forma más clara si, a cambio, me prometéis una merced.

—¿Qué merced es ésa que pedís, Antonine Gota de Lágrima? —preguntó Karin, lacónica.

—Es muy sencillo. Que cuando descubráis lo que ha de hacerse, me permitáis elegir a quien ha de hacerlo.

Karin miró de reojo al margrave quien, fingiendo falta de interés, se encogió de hombros.

—Hecho.

Antonine hizo una reverencia.

—Excelente. El significado del Acertijo de los Treses es el siguiente: al igual que Luna, nuestra patrona, los Garou poseen una triple naturaleza. Somos cuerpo y alma, sí. Pero también somos algo más. Somos un repositorio de recuerdos, criaturas de la Letanía y los Anales. Somos cuento y cantar, historia y tradición. Cualquier empresa, como la que habéis perfilado, que no

tenga en cuenta este tercer aspecto estará abocada no sólo al fracaso, sino, en última instancia, al olvido.

—Una tercera manada —musitó Karin, empezando a comprender—. Cuerpo, Espíritu y Mente. Pero ¿qué es lo que hará esta tercera manada?

—Debe buscar la raíz del problema entre el detrito del pasado de los Garou. En ocasiones, sólo yendo hacia atrás se puede adelantar.

Más acertijos. Karin rió y sacudió la cabeza.

—Muy bien, Antonine Gota de Lágrima. Aceptaremos tu buen consejo y formaremos una tercera manada. Pero debemos cumplir nuestra promesa. ¿A quién elegirías para esta enigmática misión?

—Muy sencillo. Al acogido, al que responde por Grita Caos.

—No, él no. —El vozarrón del Guardián sobresaltó a la asamblea. Sus largas zancadas cubrieron enseguida la distancia que lo separaba de la Alta Mesa—. La vida del acogido ya no le pertenece. Es mía. He exigido el precio de la sangre por la vida de mi hijo.

—Ya han pagado el precio de la sangre —apuntó Antonine, sereno—. Con diez guerreros de los Hijos.

—Dijeron que ése era un regalo para honrar a los muertos, no una compensación. El precio de la sangre sigue sin saldarse. Apelo a la Jarlsdottir.

Karin exhaló un suspiro y se frotó los ojos.

—Que traigan al pariente de leche. Se merece estar presente. —Se volvió hacia Antonine—. El Guardián tiene razón, Antonine Gota de Lágrima. El precio de la sangre no se ha pagado aún. Además, aunque quisieras elegir a Grita Caos para esta misión, tendrías que ser consciente de que el acogido bien pudiera no estar vivo para llevarla a cabo.

Antonine se rascó la barba.

—Vivo o muerto, poco importa. Lo elijo a él. La Manada de Plata no se reunirá alrededor de ningún otro.

Una ráfaga de aire gélido atravesó la estancia cuando se abrió la puerta. Entraron dos figuras, una apoyándose con dificultad en la otra. Las curvas astas de carnero identificaron de inmediato al primero como Grita Caos. El segundo era su protegido, el guerrero Fenrir malherido, Aeris Sangra Sólo Hielo.

—¡Caminan sobre tres piernas! —fue el sibilante susurro de la asamblea—. Tal y como dijo el vidente.

Muy despacio, ambos llegaron ante la Alta Mesa. Grita Caos inclinó la cabeza, primero ante la Jarlsdottir, luego ante Pisa la Mañana. Mas fue al Guardián al que dirigió la palabra.

—Os devuelvo a vuestro guerrero, Guardián. Es lo menos que puedo hacer para pagaros la gentileza que me habéis mostrado. Me alegro de haber tenido tiempo antes de que llegase el fin. Ya estoy listo para morir, por la paz entre nuestros pueblos.

—¡Por el amor de Luna, acabemos con esto! —gruñó el Guardián, con voz seca. Lo cierto era que aquella muerte ya no le apetecía, pero seguiría adelante para que se hiciera justicia. Lo haría por su hijo y quizás también para que él mismo pudiese encontrar, al apaciguar a los muertos sin descanso, cierto alivio de la carga opresiva que lo aplastaba.

—Grita Caos —pronunció Karin—. Sabes que tu vida era la garantía de la de Arne Ruina del Wyrn y que éste fue asesinado mientras se encontraba bajo la protección de tu pueblo. Comprendías este acuerdo desde el principio y lo aceptaste por voluntad propia. Te has declarado dispuesto a morir por la paz entre nuestros pueblos, y esas palabras te honran. Ahora he de preguntarte, ¿acatarás mi sentencia, por onerosa que sea?

—Sí, Jarlsdottir. Estoy a vuestras órdenes. Así ha sido desde el primer día que llegué aquí y Sergiy Pisa la Mañana pusiera mi vida en vuestras manos.

—De rodillas.

Grita Caos se arrodilló ante ella, ofreciendo la nuca. Karin levantó su martillo de plata de portavoz de la ley. Con ambas manos, lo izó hasta la altura del hombro. En su forma humana, no era tarea sencilla siquiera empuñar el inmenso martillo, mucho menos elevarlo por encima de la cabeza.

—Grita Caos, encomiendo tu espíritu al Gran Lobo Fenris. Que te acoja en sus fauces y te eleve de nuevo, por el pescuezo, en el último día.

Tras aquellas palabras, un quejumbroso aullido se elevó procedente de la banda de guerra de los Fenrir hasta inundar la Casa del Vuelo de Lanza. El martillo de la Jarlsdottir trazó un arco y re-stalló la plata, oscilando por un momento al alcanzar el ápice de su impulso, antes de caer sobre la nuca del acogido, que se desplomó sobre el suelo.

Karin dejó que la cabeza del martillo se hundiera en las tablas junto a él. Pendía olvidado del extremo de un brazo.

Sergiy Pisa la Mañana, al igual que la mayoría de los asistentes, se había puesto en pie y se inclinó junto al cuerpo. Karin le apoyó una mano en el hombro.

—Basta, Pisa la Mañana. El lobezno está muerto para ti. Tu pueblo puede sentirse orgulloso; murió por una causa en la que creía. —Las lágrimas habían asomado a sus ojos. Se dio la vuelta y llamó—: Aeric Sangra Sólo Hielo.

Sobresaltado, el guerrero convaleciente dio un paso al frente.

—Este cachorro te cuidó hasta que recuperaste la salud. Tú velarás su cuerpo.

Aeric asintió con gesto solemne y se arrodilló junto al cuerpo.

—Guardián, ya tienes tu precio de la sangre. Ahora ve a casa y descansa. Se ha terminado.

—Pero Jarlsdottir, debo quedarme. Cómo sabrá...

—Lo sabrá. Ve.

Con una reverencia, el Guardián se dio la vuelta y salió del salón.

Lo único que quedaba por hacer ahora era velar al cuerpo. No se escuchaba ni un sonido procedente de la asamblea. Nadie se movía de su sitio.

El silencio solemne se rompió transcurrida una hora de la puesta de la luna. Un gañido largo y quedo.

—Jarlsdottir! —El excitado susurro de Aeric fue lo siguiente que se escuchó. La multitud se acercó.

Grita Caos gimió de nuevo y se llevó una mano a la cabeza. Sólo encontró la mano de Aeric, que sujetaba firmemente la venda en su lugar. La palpó, sin comprender.

—No le diste lo bastante fuerte —rió Tres Naves—. Tendrás que propinarle otro martillazo. Deja que lo intente yo.

Grita Caos levantó la cabeza, alarmado. Se arrepintió de inmediato. Aeric lo agarró antes de que volviese a golpear el suelo.

—Jotun! —recriminó Karin. Con voz más dulce, añadió—: Está bien, Grita Caos. Ya estás a salvo. Abuelo Lobo te ha devuelto con nosotros. El precio de la sangre se ha saldado. Ahora estás muerto para tu antigua tribu, ¿lo entiendes? Eres uno de los nuestros. Uno de los Fenrir.

Dichas aquellas palabras, un aullido de júbilo se alzó de las gargantas de los reunidos. Tres Naves hundió su hacha en el tonel más cercano y el alcohol manó a borbotones. Las copas y las armas entorchocaron con gran estrépito. La estancia se llenó de ruido y movimiento.

Los corredores volaban hacia la salida para llevar la buena nueva al resto de la manada. Cada una de las patrullas del perímetro se hizo eco del grito, transmitiéndolo entre las líneas igual que una llamada a las armas. Aumentó de volumen e intensidad, resonó en todos los rincones de la aldea. Los rezagados del Aeld Baile levantaron los rostros, le enseñaron las gargantas a Luna y añadieron sus voces al grito de euforia. La canción prendió como la yesca y alcanzó el corazón mismo del bosque, donde corrían los más salvajes de sus hermanos. Aquella noche, ni un solo Garou se atrevió a ser visto vestido de piel humana.

De aquel modo, los Fenrir celebraban el renacimiento de su hermano acogido.

ERIC GRIFFIN. Escritor de novelas de fantasía, es uno de los responsables de la serie de *Novelas de tribu de Hombre lobo: el Apocalipsis* y el autor de *Camada de Fenris*, *Fianna* y *Danzantes de la Espiral Negra*.

Entre sus obras se cuentan además la *Trilogía Tremere* (*El mirador de la viuda*, *El velo de la viuda* y *El poder de la viuda*) así como los libros dedicados a los Tremere y a los Tzimisce dentro de la serie de *Novelas de clan*. Sus historias cortas han aparecido en la *Novela de clan: antología* y en *La bestia interior*. Entre sus otras publicaciones se incluyen *Tres pilares* y *Castillos y alianzas*.

Griffin se inició en los misterios de la juglaría en su cuna, en Cork, Irlanda. En la actualidad desempeña la tradición literaria irlandesa más antigua: la del escritor exiliado. Reside en Atlanta, Georgia, junto a su encantadora esposa Victoria y sus tres hijos, todos ellos aspirantes a héroe.

